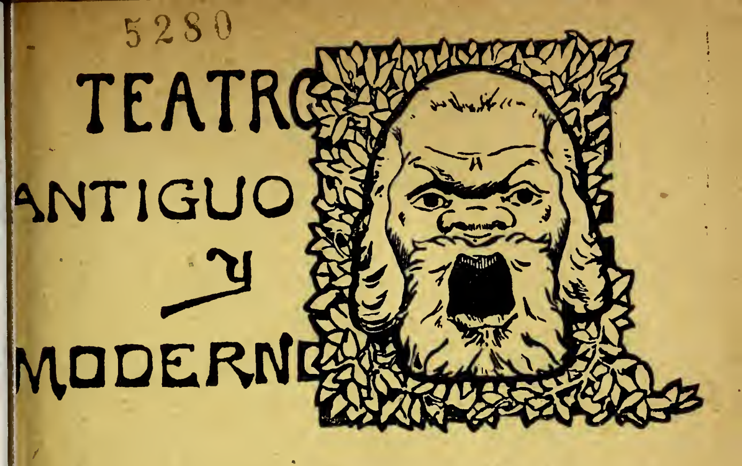


E. IBSEN

HALVARD SOLNESS

DRAMA EN TRES ACTOS

UNA PESETA

HALVARD SOLNESS

Tirada especial de 50 ejemplares numerados, en papel de hilo, á . . . . . Ptas. 3'50 ejemplar.

Teatro Antiguo y Moderno - Vol. I.

E. IBSEN

Halvard Solness

DRAMA EN TRES ACTOS



Imprenta de Francisco
Badia. Doctor Dou, 14.
Barcelona : : : : : 1902.

PERSONAS DEL DRAMA

Halvard Solness.

Alina Solness.

Hilda Wangel.

Kaia Fosli.

Knut Brovik.

Ragnar Brovik.

Doctor Herdal.

Algunas señoras, y gente del pueblo.



ACTO PRIMERO

Cuarto de trabajo de Solness, puesto con sencillez, á la izquierda una puerta de dos hojas que conduce á la antesala, á la derecha otra puerta que comunica con el interior de la casa; en el fondo una tercera puerta: es la del gabinete de dibujo. En el proscenio, á la izquierda, una mesa-escritorio, con libros, papeles y todo lo demás pertinente. Cerca de la puerta una estufa. En el ángulo de la derecha un diván, una pequeña mesa y dos sillas; sobre la mesa una botella con agua y un vaso. En el proscenio, á la derecha, una mesita más pequeña y junto á ella algunos taburetes y una mecedora. Lámparas de trabajo encendidas en el cuarto de dibujo, en la mesa-escritorio y en la mesa del ángulo. En el cuarto de dibujo están sentados y trabajando KNUT y su hijó RAGNAR. Junto á la mesa grande está KAIA hojeando el libro mayor. KNUT es un viejo delgaducho, con barba y cabellos blancos, lleva un traje negro algo usado ya, pero decente, corbata blanca; lleva puestas las

antiparras. RAGNAR tiene unos treinta años, rubio, viste bien y anda ligeramente encorvado. KAIA es una muchacha graciosa, de aspecto un tanto delicado, tiene unos veinte años; viste con elegancia, y lleva puesta una pantalla verde sobre la frente, para privar á los ojos de la acción directa de la luz. Los tres trabajan un momento en medio del más completo sileneio.

ESCENA PRIMERA

KNUT.—

(*Se levanta repentinamente de la mesa en que estaba trabajando, respira con fuerza, como hombre que está muy fatigado y avanza hacia la puerta del gabinete.*) Os digo, en verdad, que no puedo más.

KAIA.—

(*Yendo á su encuentro.*) Entonces, tío, será de veras que estás hoy muy malo?

KNUT.—

Paréceme que estoy peor cada día.

RAGNAR.—

(*Que se há levantado y se acerca á ellos.*) Mejor será que te vayas á casa, padre, y pruebes de dormir un poco.

KNUT.—

(*Malhumorado.*) Que me vaya á la cama?.. Es que tú quieres que me ahogue de todas maneras?

KAIA.—

Entonces, vé á dar un pequeño paseo.

RAGNAR.—

Eso es, y, si quieres, te acompañaré.

KNUT.—

(*Con fuerza.*) No, no he de irme si primero no viene él aquí. Preciso es que hoy le hable con toda claridad... (*Con rabia contenida.*) Es preciso que el maestro lo sepa hoy todo...

KAIA.—

(*Con ansiedad.*) No, tío, no; espera todavía.

RAGNAR.—

Será mejor que esperes aún, padre!

KNUT.—

(*Respirando afanoso.*) Ah! Ah!.. Con el tiempo que tengo yo por delante, puedo resignarme á esperar!

KAIA.—

(*Escuchando atenta.*) Silencio!... aquí está: él es quien sube la escalera. (*Los tres vuelven á su trabajo. Pausa breve. Solness entra por la puerta de la antesala; es un hombre de mediana edad, sano y robusto, cabello corto y rizado, barba abundosa y cejas oscuras y espesas. Lleva debajo del brazo un rollo de planos.*)

ESCENA II

Dichos y SOLNESS

SOLNESS.—

(*Desde la puerta, indicando el gabinete de dibujo.*) Se han marchado?

KAIA.—

(*También en voz baja y moviendo la cabeza.*) No. (*Se quita la pantalla de sobre los ojos. Solness atraviesa la escena, tira el sombrero sobre una silla, deja los papeles sobre la mesa del ángulo y se acerca á Kaia. Esta continúa escribiendo, sin levantar la cabeza, aunque parece estar nerviosa, agitada.*)

SOLNESS.—

(*En voz alta.*) Qué es lo que está haciendo aquí la señorita Kaia?

KAIA —

(*Sobresaltada.*) Oh! no es nada, es...

SOLNESS.—

Déjeme verlo, señorita. . (*Por encima del hombro de la muchacha hace que mira el libro; á media voz.*) Oh! Kaia...

KAIA.—

(*Sin dejar de escribir y en voz muy baja.*) Qué es?...

SOLNESS —

Porque se quita la pantalla, cuando yo vengo?

KAIA —

Pero, si me hace tan fea!

SOLNESS.—

(*Sonriendo.*) Y eso tú no lo quieres, Kaia?

KAIA.—

(*Mirándole.*) No, ni por todo el oro del mundo. No quiero ser fea... á sus ojos.

SOLNESS.—

(*Acariciando los cabellos de la muchacha.*) Pobre niña... Ah! pobre Kaia!

KAIA.—

(*Bajando la cabeza.*) Silencio, podrían oirnos..... (*Solness se dirige con cautela hacia la derecha, luego vuelve con paso firme y se pára junto á la puerta del fondo.*)

SOLNESS.—

Ha venido alguien á preguntar por mi?

RAGNAR.—

(*Se levanta.*) Sí; han estado los jóvenes aquellos que quieren construir una casita cerca de Lövstrand.

SOLNESS.—

(*A media voz.*) Ah! esos pueden esperar. No se me ha ocurrido todavía proyecto alguno.

RAGNAR.—

(*Se acerca más, pero mostrando indecisión.*) Quisieran tener los borradores, siquiera, lo más pronto posible.

SOLNESS.—

Ah! lo creo muy bien, todos quieren lo mismo.

KNUT.—

(*Levanta la cabeza.*) Han dicho que tienen muchas ganas de habitar en casa propia.

SOLNESS.—

Ciertamente, ciertamente, ya sé lo que esto significa. Toman siempre lo que encuentran y cómo lo encuentran... Estos suelen contentarse con un mal barracón, pues de casa tan sólo tiene el nombre. Dejad que se dirijan á otro... Decídselo así mismo, si acaso vuelven.

KNUT.—

(*Se levanta las antiparras hasta la frente y le mira asombrado.*) Dejará de hacer este trabajo?

SOLNESS —

(*Impaciente.*) Sí, sí... por Dios! Si ha de ser así, sea así... será mejor todavía que levantar una casa en el aire. (*Con viveza.*) Además, no conozco todavía lo bastante á esa gente.

Knut.—

Es gente seria; Ragnar les conoce, frecuenta la familia.

Solness.—

Seria, seria!.. No era esto lo que yo quise decir. Dios mio, ni tan sólo V. me comprende ya, ahora? (*Con violencia.*) No quiero negocios con extranjeros á quienes no conozco. Por mi parte, que se dirijan á otro arquitecto cualquiera.

Knut.—

(*Se levanta.*) Habla seriamente?

Solness.—

(*Brusco.*) Hablo seriamente..... Por ahora, al menos. (*Knut cruza su mirada con Ragnar, que hace un gesto como denegando y luego se dirige á la antesala.*)

Knut.—

Me permite que le diga dos palabras?

Solness.—

Con mucho gusto.

Knut.—

(*A Kaia.*) Aguárdame en el otro cuarto.

Kaia.—

(*Nerviosa.*) Pero... no... no, tío...

Knut.—

Haz lo que te he dicho, Kaia, y cierra la puerta. (*Se dirige hacia el cuarto de dibujo, indecisa, mira un momento á Sol-*

ness, con mirada suplicante, y cierra tras sí la puerta.)

ESCENA III

KNUT y SOLNESS

KNUT.—

(*Más calmado.*) No quiero que mis pobres hijos sepan todavía cuán malo estoy.

SOLNESS.—

Realmente, tiene V. hoy un aspecto muy abatido.

KNUT.—

Llego al término del viaje. Mis fuerzas disminuyen de día en día...

SOLNESS.—

Pero, siéntese.

KNUT.—

Gracias.

SOLNESS.—

(*Le acerca un poco la mecedora.*) Aquí, hágame el placer .. Pues?..

KNUT.—

(*Siéntase con trabajo*) Se trata de Ragnar. Qué piensa hacer con él?

SOLNESS.—

Oh!, pues,es muy natural: su hijo continuará á mi lado hasta que él quiera.

Knut.—

Esto es precisamente lo que no quiere. . No puede seguir así; él lo dice ..

Solness.—

Es que no se le paga aquí suficiente? No obstante, si es que pretende algo más, yo no he de oponerme...

Knut.—

No, no. No se trata de esto. (*impaciente.*) Pero importa que... alguna vez comience, también él, á trabajar por cuenta propia.

Solness.—

(*Sin mirarle.*) Cree V. que Ragnar puede ya hacer esto?

Knut.—

He aquí la gran cuestión; esto es lo que me espanta. Aún yo mismo comienzo á dudar de mi hijo. En realidad, apenas si le ha dirigido V. alguna que otra frase de elogio... Y no obstante, paréceme que tiene excelentes disposiciones para el trabajo.

Solness.—

Pero, es la verdad que saber, verdaderamente á fondo, no es gran cosa lo que sabe, aparte el dibujo...

Knut.—

(*Mirándole con recelo y hablando con*

voz ronca,) V. tampoco adelantó gran cosa en el arte, mientras estuvo á mi servicio. Y no obstante, V. se salió con la suya (*Respirando afanosamente.*) y hoy trabaja y gana más qne yo gané... más que otros muchos.

SOLNESS.—

Así lo quiso mi destino.

KNUT.—

Razón tiene. Fúele muy propicia la suerte. Pues, por esto mismo, no puede V dejarme llegar á la fosa, antes que me haya sido dado ver todo lo que puede Ragnar. Además, quiero verle casado..... antes no me vaya para siempre.

SOLNESS.—

(*Ansioso.*) Y por Kaia lo quiere tambien?

KNUT.—

Por Kaia no me importa tanto; pero Ragnar habla siempre de lo mismo y á todo el mundo. (*con sencillez.*) Debiera proporcionarle V. algún trabajo. Es preciso que yo vea, antes de morir, alguna obra suya.

SOLNESS.—

(*Irritado.*) Pero es que yo no puedo ir á buscarle trabajo á la luna!

KNUT.—

Precisamente ahora podría V. confiarle un importante trabajo.

SOLNESS.—

(*Sorprendido y con inquietud.*) A él?

KNUT.—

Si V. quisiera hacer esto...

SOLNESS.—

Pero, de qué trabajo se trata?

KNUT —

(*Vacilante.*) Se trata de la construcción de aquella casita, cerca de Lövstrand.

SOLNESS.—

Habla V. en serio? Es que ese hotel lo he de construir yo.

KNUT.—

Pero, si V. no quiere...

SOLNESS —

Que yo no quiero?... Pero quien ha dicho esto?

KNUT.—

V. mismo lo ha dicho, no hace mucho.

SOLNESS.—

No haber fiado en aquellas palabras. Y cree V. que Ragnar podría construir el hotelito?

KNUT.—

Claro, conoce á la familia... Además,

para entretenerse, ha hecho algunos dibujos, un plano general y tambien todo lo que...

SOLNESS.—

Y está satisfecho de su proyecto?

KNUT.

Si, bastaría ahora que V. quisiera verlo... y aprobarlo luego.

SOLNESS.—

De manera, que V. dejaría á Ragnar que construyese la casa?

KNUT.—

Me ha satisfecho y me ha agradado bastante su idea; resultaría una casa totalmente nueva... y según dicen ellos....

SOLNESS.—

(*Reprimiendo el coraje.*) Ah! con que habían venido para hablar con Ragnar... mientras yo estaba ausente...

KNUT.—

Venían para hablar con V. y para saber, en el caso de que V. se mostrase dispuesto á renunciar...

SOLNESS —

(*Impetuoso.*) Yo renunciar?

KNUT.—

Y en el caso de parecerle que los dibujos de Ragnar...

SOLNESS.

Retirarme yo, hacer puesto á su hijo?...

KNUT.—

Renunciar la contrata.

SOLNESS —

Es lo mismo. (*Riéndose ironicamente.*) Así, pues, la cosa es clara. Halvard Solness debe comenzar á retirarse para hacer puesto á los más jóvenes, á los niños diría casi..... Con que hacer puesto, eh?..... puesto!..... puesto!... .

KNUT.—

Paréceme á mí que en este mundo hay puesto para más de uno.

SOLNESS.—

Yo no sé si hay puesto para muchos... De todas maneras, yo no he de retirarme, al menos espontáneamente.

KNUT.—

(*Levantándose con fatiga.*) Así, pues, me será fuerza dejar este mundo sin la menor esperanza? sin el más pequeño consuelo? Sin haber visto una sola obra de mi hijo?

SOLNESS.—

(*Volviendo la cabeza*) Vaya!... no insista.

KNUT.—

Tan tristemente he de dejar esta vida miserable?

SOLNESS.—

(*Duda primero; despues habla con voz firme, pero muy velada.*) Dejará V. esta vida cómo mejor sepa y pueda.

KNUT.—

Sea, entonces. (*Atraviesa el salón.*)

SOLNESS.—

(*Acercándose conmovido al viejo.*) No puedo hacer otra cosa .. Yo soy el que soy... no es posible cambiarme.

KNUT —

No, no .. es verdad que no puede. (*Anda vacilando un poco, y al fin se pára junto á la mesa del rincón*) Me permite V. que tome un vaso de agua?

SOLNESS.—

Le suplico... (*Echa agua en el vaso y se lo presenta al anciano.*)

KNUT.—

Gracias. (*Bebe y deja el vaso. Solness va á abrir la puerta del cuarto de dibujo.*)

ESCENA IV

Dichos, RAGNAR y KAIA

SOLNESS.—

Ragnar, acompañe á su padre á casa. (*Ragnar se levanta y junto con Kaia entra en el estudio.*)

RAGNAR.—

Pues, qué sucede, padre?

KNUT.—

Dame el brazo, andando.

RAGNAR.—

Vamos, y tú prepárate tambien, Kaia.

SOLNESS.—

La señorita Kaia ha de quedarse todavía un momento... ha de escribir una carta.

KNUT.—

(*Mirando á Solness.*) Buenas noches, y descanse bien... si puede hacerlo.

SOLNESS.—

Buenas noches. (*Knut y su hijo salen por la puerta de la antecámara; Kaia va á la mesa-escritorio; Solness se queda más á la derecha, con la cabeza baja.*)

ESCENA V

SOLNESS y KAIA

KAIA —

(*Con indecisión.*) Es... una carta?

SOLNESS.—

(*Como distraído.*) Qué carta... (*Mirándola fijamente.*) Kaia!...

KAIA.—

(*Temblorosa, á media voz.*) Qué es, entonces?...

SOLNESS.—

(*Imperativamente.*) Acércate!

KAIA —

(*Vacilante.*) Héme aquí.

SOLNESS.—

(*Como antes*) Más cerca.

KAIA —

(*Obedeciendo*) Qué quiere de mí?

SOLNESS —

(*La mira un momento.*) Debo darle á V. las gracias de cuanto ha pasado aquí?

KAIA —

Oh! no, créame.

SOLNESS.—

Pero, casarse con él... quiere de veras casarse?

KAIA —

(*Con pausa.*) Ragnar y yo somos prometidos desde hace cuatro años... cinco años hace... y ahora...

SOLNESS.—

Ahora es ya preciso tomar una resolución, no es eso?

KAIA.—

Ragnar y el tío dícen que es necesario que yo me someta...

SOLNESS.—

(*Más calmado.*) Kaia, en el fondo... en el fondo V. no quiere á Ragnar.

KAIA.—

Un tiempo bien le quise, le quise mucho... era antes de venir á esta casa.

SOLNESS.—

Mas, ahora ya no?... Es cierto esto?

KAIA.—

(*Con pasión y juntando las manos.*) Bien lo sabe V. que ya no amo más que á una sola persona!... que no puedo ya querer á ningun otro hombre!

SOLNESS.—

Sí... y luego me deja, me abandona.

KAIA.—

Pero es que no podría yo seguir aquí, aunque Ragnar?...

SOLNESS.—

(*Con gesto negativo.*) No, esto es absolutamente imposible. Si Ragnar se hace independiente y comienza á trabajar por cuenta propia, tendrá necesidad de V.

KAIA.—

(*Retorciéndose las manos.*) Ah! y piensa que yo podré nunca separarme de V.! Es imposible, enteramente imposible.

SOLNESS.—

Siendo así, procure disuadir á Ragnar de su extravagante idea. Cásese con él... (*Cambiando de tono.*) mientras haga de modo que se quede aqui... Así no la pierdo á V. tampoco, amada Kaia!

KAIA —

Ah! si pudiéramos lograr esto que dice!

SOLNESS.—

(*Le toma la cabeza entre las manos y murmura suavemente.*) Porqué no puedo yo estar sin tí, comprendes?... Quiero tenerte siempre á mi lado, siempre...

KAIA —

(*Convulsivamente.*) Ah! Dios mío!...

SOLNESS.—

(*Besándola.*) Kaia... Kaia...

KAIA.—

(*Arrodillándose á sus pies.*) Oh! cuán bueno sois conmigo!... cuán bueno!...

ESCENA VI

Dichos y la Sra. SOLNESS

SOLNESS —

(*Con ansiedad.*) Levántese, levántese... (*La ayuda á levantarse, y ella se dirige hacia la mesa. Entra la Sra. Solness por la puerta de la derecha; tiene aspecto enfermizo y está flaca, conservando todavía algún rasgo de su antigua belleza, como los rubios y rizados cabellos; es elegante y va vestida toda de negro. Habla despacio y con voz un tanto quejumbrosa.*)

SRA. SOLNESS.—

(*Desde la puerta.*) Halvard!

SOLNESS.—

(*Volviéndose.*) Ah! eres tú, querida?

SRA. SOLNESS.—

(*Mirando á Kaia.*) Paréceme que te importuno...

SOLNESS.—

Oh! no, de ninguna manera, es que la señorita Kaia ha de escribir una carta.

SRA. SOLNESS.—

Ah! esto bien lo veo.

SOLNESS.—

Tenías algo que decirme, Alina?

Sra. Solness.—
Venía solamente para decirte que está en casa el Doctor Herdal, y si quieres verle...

Solness.—
(*Mirándola con recelo.*) Está bien. Tiene mucha necesidad de hablar conmigo?

Sra. Solness —
No. Ha venido para visitarme á mí, y deseaba aprovechar la ocasión para saludarte.

Solness.—
Bien, bien. En ese caso, ruégale que aguarde un momento.

Sra. Solness.—
(*Mirando otra vez á Kaia.*) Tardarás todavía un poco, no es eso, Halvard? (*Sale cerrando la puerta.*)

ESCENA VII

KAIA y SOLNESS

Kaia.—
(*A media voz.*) Oh! Dios mío!... Sin duda la señora pensará mal de mí.

Solness.—
Ah! eso no, ni en sueños siquiera. De-

todas maneras, mejor sería que se marchase, ahora, Kaia.

KAIA.—

Sí, sí; enseguida.

SOLNESS.—

(*Con severidad.*) Y haga lo posible para contentarme. Ha comprendido?

KAIA —

Oh! si no dependiese más que de mí...

SOLNESS.—

Quiero que mañana esté todo arreglado.

KAIA.—

Si no hubiese más remedio, rompería con él!...

SOLNESS.—

(*Con violencia*) Se atrevería V. á romper con él?...

KAIA —

Sí, antes que... Pues yo quiero continuar aquí. No me sería posible vivir, de otro modo.

SOLNESS.—

(*Se levanta.*) Pero, por Dios, y Ragnar? Si es únicamente por Ragnar que...

KAIA.—

(*Mirándole asustada.*) Qué quiere decir

con eso?... Es que intenta servirse de mí tan sólo para...

Solness.—

Ah! no, no haga caso. Me he explicado mal. (*Con dulzura y á media voz.*) A V. es á quien quiero tener aquí, siempre á mi lado, con preferencia á cualquier otra persona. Y por esto es que debe V. persuadir á Ragnar de que se quede en mi casa... Mas, ya es hora de que se marche...

Kaia.—

Sí, sí; buenas noches.

Solness.—

Buenas noches. (*Como llamándola.*) Ah! dígame, están aquí los dibujos de Ragnar?

Kaia.—

Creo que sí, pues no he visto que se los llevara.

Solness.—

Haga el favor de traérmelos. Quiero examinarlos un momento.

Kaia.—

Oh! sí, hágalo, hágalo...

Solness.—

Para complacerla á V., amada Kaia.

Kaia.—

(*Corre al gabinete de dibujo, busca an-*

siosa en uno de los cajones de la mesa, y saca una carpeta que lleva á Solness.) Aquí están todos los dibujos.

SOLNESS.—

Bien, déjelos sobre aquella mesa.

KAIA —

(*Lo hace,*) Ahora, buenas noches. (*Con ademan suplicante.*) Y piense mucho en mí, con bondad, con simpatía...

SOLNESS.—

Ah! esto no lo dude. Buenas noches, mi amada Kaia. (*Mira con disimulo hacia la derecha.*) Dése V. prisa... es muy tarde.

ESCENA VIII.

Dichos y el Doctor HERDAL y la Sra. SOLNESS

(*La señora Solness y el Doctor entran por la puerta de la derecha. El Doctor es un hombre de mediana edad, corpulento, de cara redonda y alegre; tiene los cabellos blancos y lleva afeitado el rostro; usa lentes de oro*).

SRA SOLNESS —

(*Desde la puerta.*) Halvard, el Doctor no puede aguardarse por más tiempo.

SOLNESS —

Que entre, entonces, que entre...

SRA. SOLNESS.—

(*A Kaia, que ha bajado la luz de la lámpara.*) ¿Ha terminado ya la carta, señorita?

KAIA.—

(*Con pausa.*) La carta?... Ah! sí, era muy breve.

SRA. SOLNESS.—

Realmente, muy breve había de ser, en verdad.

SOLNESS.—

Ruégole, señorita Kaia, que se venga temprano mañana.

KAIA.—

Está bien. Buenas noches, señora. (*Sale por la izquierda.*)

ESCENA IX.

SOLNESS, Sra. SOLNESS y el DOCTOR.

SRA. SOLNESS.—

Debes estar muy satisfecho, Halvard, de esa señorita.

SOLNESS.—

Realmente, lo estoy, pues acierta en todo.

SRA. SOLNESS.—
Bien se ve.

DOCTOR.—
Entiende mucho de contabilidad?

SOLNESS.—
Oh! ha aprendido muchísimo en estos dos últimos años. Además, está siempre pronta á hacer cuanto se le ordena.

SRA. SOLNESS —
He ahí una cualidad muy importante y muy digna de elogio.

SOLNESS.—
Ciertamente, y, sobre todo, cuando no se está acostumbrado á verla en aquellas personas que más de cerca nos rodean.

SRA. SOLNESS —
(Con suave reconvención.) Lo dices por mi, Halvard?

SOLNESS —
No, no, amada Alina. Dispénsame.

SRA. SOLNESS.—
No hay de qué. Después, señor Doctor, tomará el té con nosotros?

DOCTOR. –
Vendré apenas acabe la visita de mis enfermos.

SRA. SOLNESS.—
Confío en ello. *(Sale por la puerta de la derecha.)*

ESCENA X.

SOLNESS y el DOCTOR.

SOLNESS.—
Tiene mucha prisa, Doctor?

DOCTOR.—
No, ciertamente.

SOLNESS.—
Entonces, podríamos hablar un rato?

DOCTOR.—
Con mucho gusto!

SOLNESS.—
Siéntese. *(Hácele sentar en la mecedora y él toma asiento en la butaca.)* Dígame... Ha notado algo en Alina?

DOCTOR.—
Ahora?... Mientras estaba aquí?

SOLNESS.—
Si... No ha notado en ella algo extraordinario?

DOCTOR.—
(Sonriéndose.) Oh! sí, ciertamente... No puede escaparse á nadie que su mujer...

SOLNESS.—
Qué?

DOCTOR.—

Que su mujer no siente gran simpatía por la señorita Kaia.

SOLNESS.—

Nada más que eso?... Eso ya lo había observado yo también.

DOCTOR.—

Y no creo que deba maravillar á nadie...

SOLNESS.—

Qué?

DOCTOR.—

Que no vea con buenos ojos á una mujer que se pasa todo el día en esta casa.

SOLNESS.—

Cierto que tiene V. razón... y también Alina. Pero no puede ser de otro modo.

DOCTOR —

No podría tomar un escribiente?

SOLNESS —

El primero que llamase á la puerta? No sabría qué hacer de él.

DOCTOR —

Pero, y si su mujer, débil como está, no pudiese soportar por más tiempo...

SOLNESS.—

Entonces, tanto peor. Kaia ha de seguir en mi casa... tengo necesidad de ella; nadie la puede substituir.

Doctor —

Nadie?... De veras...

Solness.—

Nadie.

Doctor.—

(*Acercando su asiento á Solness.*) Oiga, señor Solness, me permitirá V. una pregunta?

Solness.—

Diga.

Doctor.—

Las mujeres, todos lo sabemos, para ciertas cosas tienen un olfato finísimo.

Solness.—

Cierto... Y qué más?

Doctor. —

Que si su mujer no puede, realmente, sufrir á Kaia...

Solness.—

Significa?...

Doctor.—

No digo tanto... Yo pregunto tan sólo si esa antipatía podría existir sin ningún motivo.

Solness.—

(*Le mira y se levanta luego.*) Oh!... Oh!

Doctor.—

No tome á mal qne insista por querer saber si esa antipatía es justificada.

SOLNESS.—

(*Breve y decidido.*) No, es absolutamente injustificada.

DOCTOR.—

Así, pues, no hay la menor razón?...

SOLNESS.—

No la hay. En el fondo de todo eso no hay otra cosa sino el carácter celoso de mi mujer.

DOCTOR.—

Yo sé, amado Solness, que ha... tratado V. á muchas mujeres.

SOLNESS.—

No lo niego.

DOCTOR.—

Y sé también que ha querido mucho á alguna de ellas.

SOLNESS.

También es esto verdad.

DOCTOR.—

Y en este asunto de la señorita Kaia... no hay nada, nada...

SOLNESS.—

No; por mi parte, no...

DOCTOR.—

Y por parte de ella?

SOLNESS.—

Creo, Doctor, que no tiene V. derecho ninguno para preguntarme sobre eso.

DOCTOR.—

Hablemos, entonces, del olfato de mujer.

SOLNESS.—

En cuanto á esto... (*Bajando la voz*) Alina, como V. decía, tiene un olfato finísimo, es verdad.

DOCTOR.—

No lo dije yo?

SOLNESS.—

(*Sentándose.*) Doctor amigo, si quiere prestarme un poco de atención, le contaré á V. una historia muy extraña.

DOCTOR.—

Pues ya estoy escuchando.

SOLNESS.—

Recordará V. que tomé á Knut Brovik y á su hijo en mi casa cuando se hallaba el viejo en muy mala siutación.

DOCTOR —

En efecto, he oído hablar de eso.

SOLNESS.—

Son dos hombres excelentes, muy honrados, he de convenir en ello. Mas, he aquí que un día se le ocurre al joven Brovik enamorarse... Y naturalmente, apenas casado, querrá trabajar por cuenta propia. Todos los jóvenes tienen iguales aspiraciones.

Doctor.—

(*Riendo.*) En efecto, todos tienen la manía de querer casarse.

Solness.—

Esto á mí no me conviene, porque tengo necesidad de Ragnar y aun de su padre, sí, pues no tiene rival el viejo en los cálculos sobre las resistencias, sobre los volúmenes y sobre tantas otras cosas que á mí me fastidian.

Doctor.—

Y no obstante, estas son cosas necesarias.

Solness.—

Claro que sí... Pues bien; Ragnar quiso empezar á trabajar ya por su cuenta, y yo no podía oponerme á ello...

Doctor.—

Sin embargo, ha continuado aquí.

Solness.—

Oiga cómo. Un día viene Kaia á verle..., no recuerdo por qué era; sólo sé que no había venido aun jamás. Al verla, pensé enseguida en que se amaban y se me ocurrió una idea. Si logro que la muchacha se quede en casa, pensé, será fuerza que Ragnar continúe también.

Doctor.—

Fué una excelente idea.

SOLNESS.—

No dije apropósito de esto una sola palabra, fíjese bien, no hice más que mirarla, mirarla... y desear con todas mis fuerzas tenerla en mi casa, tenerla aquí, á mi lado. Después hablé con ella unas pocas palabras, palabras indiferentes...

DOCTOR.—

Y luego?

SOLNESS.—

Al día siguiente, al anochecer, cuando ya el viejo y su hijo habían salido de aquí, volvió la muchacha y me habló como si entre nosotros hubiese mediado una secreta inteligencia...

DOCTOR.—

Una secreta inteligencia?... acerca de qué?

SOLNESS.—

Acerca de lo que yo había pensado, y sobre lo cual no había dicho á nadie ni una sola palabra, estoy seguro de ello.

DOCTOR —

Es realmente extraño!

SOLNESS.—

Kaia me preguntó cual podría ser su ocupación aquí, y si podría comenzar á la mañana siguiente.

DOCTOR —

Y no pensó V. que bien podía haberlo hecho la chica con el fin de estar más cerca de su amado?

SOLNESS.—

Cierto que se me ocurrió esta idea al principio; pero no podía ser, porque Kaia ha procurado siempre huir de él. He observado que me *siente* cuando me acerco á ella, sin verme, y que tiembla toda apenas la miro... Qué me dice á esto?

DOCTOR —

Que todo se explica fácilmente ..

SOLNESS.—

Bien, pero, y lo demás?... Estoy convencido de que ella oyó de mis labios lo que yo me había contentado con pensar y con querer... en silencio, en mí mismo, en lo más hondo de mi alma .. Puede V. explicarme esto, querido Doctor?

DOCTOR —

No me creo capaz para tanto.

SOLNESS.—

Me lo figuraba y por eso no se lo había dicho nunca. Pero se me va haciendo insoportable esa idea, entiende?... Es un delito que estoy cometiendo contra ella,

pobre muchacha! .. Pero no puede ser de otro modo: si se marcha Kaia de mi casa, perderé también á Ragnar.

DOCTOR.—

No ha contado nunca nada de eso á su mujer?

SOLNESS.—

No!

DOCTOR.—

Y por qué no lo ha hecho?

SOLNESS.—

(*Le mira fijamente y luego habla con pausa.*) Porque paréceme que así me impongo á mí mismo un justo tormento, un tormento en cierta manera saludable...

DOCTOR.—

(*Moviendo la cabeza*) En verdad que no comprendo ahora nada.

SOLNESS.—

Es que, de este modo, paréceme que pago, siquiera en parte, una deuda que tengo con mi mujer.

DOCTOR —

Con su mujer?

SOLNESS.—

Con mi mujer, sí; y esta idea me sosiega un poco, me parece que así respiro más libremente.

DOCTOR.—

Sabe Dios que ahora lo entiendo menos todavía.

SOLNESS.—

(*Interrumpiéndole bruscamente, se levanta otra vez.*) En realidad, será mejor que no hablemos más de eso (*Se pasea un poco, se planta luego junto á la mesita y contempla un momento al Doctor, sonriendo.*) Diga, Doctor. Ahora se creerá V. seguramente que me ha puesto ya en el camino de las confesiones...

DOCTOR.—

(*Amostazado.*) Confesiones?... Le repito, señor Solness, que no comprendo nada de cuanto dice.

SOLNESS.—

Pero hable de una vez francamente, ya que he logrado descubrir...

DOCTOR.—

Qué ha descubierto?

SOLNESS —

(*Habla concentradamente y con pausa.*) Que ha venido V. aquí para espiarme, para no perderme de vista...

DOCTOR —

Qué dice? Y porque haría yo eso?

SOLNESS.—

Porque me cree... (*Con calor.*) Porque

cree V de mí lo mismo que cree tambien Alina.

DOCTOR.—

Pero, qué es lo que la Sra. Alina cree?

SOLNESS.—

(*Procurando dominarse.*) Pues, comienza á creer... como lo diré?.. que estoy enfermo.

DOCTOR.—

Enfermo? Nunca me ha dicho de eso una sola palabra Y enfermo de qué, querido señor Solness?

SOLNESS.—

(*Inclinándose sobre el Doctor murmura*) Alina tiene la idea de que yo estoy .... loco.

DOCTOR.—

(*Levantándose.*) Pero, querido Solness...

SOLNESS —

Por mi alma, dígole que así es .. Bien se ve que se lo ha confiado tambien á V. Oh! le aseguro, Doctor, que lo advertí enseguida.

DOCTOR.—

(*Mirándole sorprendido.*) Jamás hubiera pasado por mi cabeza semejante idea, oh! jamás, se lo juro, señor Solness.

SOLNESS.—

(*Con risa de incredulidad.*) Ah! de veras?

DOCTOR —

No, jamás! Como tampoco lo puede haber pensado su mujer. Se lo aseguro...

SOLNESS.—

Es inútil... tanto más inútil porque, siquiera hasta cierto punto, puede que tenga razón.

DOCTOR.—

Vaya una manía; pues yo he de decirle ..

SOLNESS.—

(*Interrumpiéndole.*) Bien, querido Doctor, acabemos. Lo mejor será, en medio de todo, que piense cada cual lo que quiera (*Demostrando una íntima alegría*) Ha comprendido V., Doctor?

DOCTOR —

Qué?

SOLNESS.—

Que si V. no me cree enfermo, ni desequilibrado, ni loco...

DOCTOR —

Y porque había de creerlo?

SOLNESS.—

Creerá entonces, naturalmente, que soy un hombre muy feliz.

DOCTOR.—

Dígame al menos porqué...

Solness.—

Ah! con que le parece á V. poco?... (*Riendo*) Solness... Halvard Solness!... en fín.

Doctor —

En efecto, he de convenir, con todo el mundo, que ha sido V. grandemente mimado por la fortuna

Solness.—

(*Conteniendo una amarga sonrisa.*) Es verdad, no puedo quejarme.

Doctor.—

El incendio de aquella mala casuca fué una verdadera fortuna para V.!

Solness.—

(*Con gravedad.*) No olvide que para Alina aquello fué la destrucción de su casa paterna...

Doctor.—

Ciertamente que á su esposa le causaría un gran dolor.

Solness —

Han pasado ya más de doce años, y lo siente vivo todavía.

Doctor.—

Y la desgracia que vino luego, sería seguramente para su mujer el golpe más doloroso.

SOLNESS.—

Las dos desgracias, seguidas, la abatieron juntamente.

DOCTOR.—

Pero, su gloria y su fortuna comenzaron entonces. Habiendo empezado de pobre ayudante, se ve hoy convertido en el primero entre los primeros de su arte. Verdaderamente, señor Solness, puede decirse que le ha sido propicia la fortuna.

SOLNESS.—

(*Le mira espantado.*) Y esto precisamente es lo que tanto me tortura!...

DOCTOR.—

Le tortura ser un hombre feliz?

SOLNESS.—

Temo constantemente .. porque, al fin, preciso será que venga el instante de la caída.

DOCTOR.—

Bah! y quien podrá provocarla?

SOLNESS.—

La juventud!

DOCTOR —

Oh! la juventud!..... No tema. Goza V. todavía de una fama inmensa. En verdad que nunca fué su gloria tan grande como ahora, ni tan sólidamente cimentada.

SOLNESS.—

Vendrá el momento de la caída .. Lo veo clarísimamente, está cerca ya. Pronto me dirá alguno que me retire, que le deje puesto .. Y luego, todos los demás empezarán tambien á gritarme: Puesto!... Puesto!... V. lo verá, Doctor; V. verá á la juventud llamar impaciente á la puerta de mi casa.

DOCTOR —

(*Sonriendo.*) Bueno, y después?

SOLNESS —

Después, todo habrá acabado para el constructor Solness. (*Llaman en la puerta de la izquierda.*) Quién es?... Ha comprendido V. ahora, Doctor?

ESCENA XI

Dichos y HILDA

DOCTOR.—

Alguien llama

SOLNESS.

(*Con voz fuerte*) Adelante. (*Entra Hilda Wangel; es de mediana estatura, delgaducha, de aspecto delicado, aunque un poco tostado el rostro por el sol. Lleva un traje de touriste, falda corta, chaqueta con cuello*

á la marinera, y un sombrero á la marinera tambien. Un pequeño saco de mano y un largo bastón de alpinista.

HILDA.—

(*Va hacia Solness, radiante de alegría.*) Buenas noches

SOLNESS.—

(*Mirándola sorprendido.*) Buenas noches.

HILDA.—

(*Riendo.*) Paréceme que ya no se acuerda V. de mí.

SOLNESS.—

No.., he de confesar que así, al pronto..

DOCTOR —

(*Acercándose.*) Pues yo sí que la recuerdo, señorita.

HILDA —

(*Con alegría*) Cómo, es V. quien...

DOCTOR.—

Yo mismo. (*A Solness.*) Nos conocimos este verano allá arriba, en las montañas. (*A Hilda.*) Y qué ha sido de sus compañeras?

HILDA —

Han seguido su camino hacia el Este.

DOCTOR.—

Se escandalizarían sin duda de la orgía que hicimos juntos aquella noche.

HILDA.—

Lo creo tambien así.

DOCTOR. —

(*Señalándola con el dedo.*) Confiese V. que hizo locuras con nosotros.

HILDA.—

Es mucho más divertido eso, que hacer calceta con las tías viejas!

DOCTOR.—

Estoy perfectamente de acuerdo.

SOLNESS.—

Ha llegado V. esta noche?

HILDA.—

Sí, en este mismo momento.

DOCTOR.—

Y sola, señorita Wangel?

HILDA —

Sola.

SOLNESS.—

Wangel? Se llama V. Wangel?

HILDA.—

(*Mirándole con cómico asombro.*) Con el permiso de V.

SOLNESS.—

Sería V. entonces la hija del médico de Lissanger?

HILDA —

(*Como antes.*) Pues, de quien sería yo hija?

SOLNESS.—

Ah! entonces, nos conocimos allá el verano aquel que fuí á construir el campanario de la iglesia vieja.

HILDA.—

(*Seria.*) Ciertamente, entonces fué.

SOLNESS.—

Hace ya mucho tiempo!

HILDA.—

(*Mirándole fijamente.*) Diez años cabales!

SOLNESS.—

V. era entonces una niña.

HILDA.

(*Con cierta ligereza.*) Oh tenía diez ó doce años.

DOCTOR.—

Es la primera vez que viene á la ciudad, señorita?

HILDA —

Oh! sí, la primera.

SOLNESS.—

Entonces, no conocerá V. á nadie aquí?

HILDA.—

A nadie, sino á V. y á su esposa

SOLNESS.—

Ah! conoce á mi mujer?

HILDA.—

Poco. Estuvimos juntas algunos día en el establecimiento donde su esposa había ido para curarse.

SOLNESS.—

Ah! allá arriba, en las montañas.

HILDA.—

Y me hizo prometer que si alguna vez bajaba á la ciudad, viniese á verla (*Sonriendo.*) Aunque no había necesidad que ella me invitase .. Lo hubiera hecho del mismo modo.

SOLNESS.—

Me sorprende que no me lo haya dicho nunca. (*Hilda deja el bastón junto á la estufa, y luego el saco y el abrigo en el divan. El Doctor intenta ayudarla. Solness se queda mirándola, sin moverse.*)

HILDA.—

(*Acercándose á Solness.*) Muy bien. Ahora, pues, le pido que me tenga aquí esta noche.

SOLNESS.—

Con mucho gusto.

HILDA.—

Es que no llevo más ropa que la puesta... y algunas prendas interiores que me convendría hacer lavar.

SOLNESS.—

Oh! sí, todo se arreglará. Pero es preciso ahora que llame á mi mujer.

DOCTOR.—

Y yo mientras tanto me iré á mis enfermos

SOLNESS.—

Pero, volverá V. más tarde?

DOCTOR.—

(*Mirando alegremente á Hilda.*) Claro que volveré. (*Sonriendo.*) Ha sido V. profeta, señor Solness

SOLNESS —

Porqué?

DOCTOR.—

La juventud ha llamado á su puerta.

SOLNESS —

(*Sonriente.*) Sí, pero yo no quise decir esta juventud.

DOCTOR.—

No pongo la menor duda en ello! (*Sale por la puerta de la izquierda. Solness abre la puerta de la derecha y llama dentro.*)

ESCENA XII.

SOLNESS HILDA y Sra. SOLNESS

SOLNESS.—

Alina!... Haz el favor de venir un momento. Está aquí la señorita Wangel, á quien tu conoces.

SRA SOLNESS.—

(*Apareciendo en la puerta.*) Qué dices? (*Viendo á Hilda*) Ah! es V. señorita? (*Va hacia ella y le da la mano.*) Conque al fin ha venido V.?

SOLNESS.—

La señorita Wangel acaba de llegar en este momento y desearía pasar aquí la noche.

SRA. SOLNESS.—

Con nosotros? Oh! con mucho gusto.

SOLNESS.—

Además, lleva alguna ropa para lavar y planchar... comprendes?

SRA SOLNESS.—

Procuraré ayudarla lo mejor que sepa. Es lo menos que puedo hacer. Y su equipaje no ha llegado todavía?

HILDA.—

No tengo equipaje.

SRA. SOLNESS.—

Todo se arreglará, así lo espero. Mientras tanto, será fuerza que se contente V. con la compañía de mi marido. Yo voy á prepararle el cuarto.

SOLNESS.—

No podrías darle uno de los cuartos de los niños?. . Esos están arreglados ya.

SRA. SOLNESS.—

Oh! sí, lo que es sitio no falta. (*A Hilda.*) Siéntese ahora, señorita, y descanse un poco. (*Sale por la derecha. Hilda con las manos á la espalda da vueltas por la estancia, mirándolo todo. Solness, de pie junto á la mesita, tambien con las manos á la espalda, va siguiéndola con la mirada.*)

ESCENA XIII

SOLNESS y HILDA

HILDA.—

(*Se detiene y le mira.*) Tienen muchos cuartos para niños?

SOLNESS.—

Tres.

HILDA.—

Tendrán muchos hijos, entonces?

SOLNESS —

No, no tenemos ninguno... V. será hoy nuestra hija.

HILDA.—

Por esta noche. Y esté seguro de que no alborotaré: he de dormir como una santica.

SOLNESS.—

Estará muy cansada.

HILDA.—

Oh! no, pero esto no impide... Es tan hermoso soñar... aunque sea en el lecho.

SOLNESS.—

Sueña V. mucho?

HILDA —

Casi todas las noches.

SOLNESS —

Y qué es lo que sueña con mayor frecuencia?

HILDA.—

Esto no se lo diré ahora... Otro día, tal vez... (*Vuelve á andar por la escena, luego se pára y hace cómo si buscase algo entre los libros y papeles que hay sobre la mesa grande.*)

SOLNESS.—

(*Acercándose.*) Busca V. algo?

HILDA.—

No, miraba solamente. (*Alejándose.*) Es que no se puede?

SOLNESS —

Oh! dispense...

HILDA.—

Es V. señor Solness, quien escribe en este libro grande?

SOLNESS.—

No, la escribiente.

HILDA —

Una mujer?

SOLNESS.—

(*Riendo.*) Cierto, una mujer.

HILDA.—

Una mujer, que se pasa todo el día aquí, con V.?

SOLNESS.—

Ciertamente.

HILDA.—

Es casada?

SOLNESS.—

No, es una señorita.

HILDA.—

Oh! perfectamente!. .

SOLNESS.—

Pero, es probable que se case muy en breve.

HILDA —

Tanto mejor para ella.

SOLNESS.—

Mas no para mí, que ya no tendré quien me ayude.

HILDA.—

No encontrará otra escribiente?

SOLNESS —

Querría V. ocupar su puesto?

HILDA.—

(*Mirándole fijamente.*) Yo?... No, gracias. (*Da algunas vueltas por la estancia y al fin se sienta en la mecedora. Solness vuelve junto á la mesita.*) Otra cosa muy distinta tengo yo qué hacer. (*Le mira sonriendo*) No le parece á V. tambien?

SOLNESS.—

Comprendo. Primeramente tendrá que ir á tiendas, para procurarse...

HILDA.—

(*Muy alegre*) No, no... y aunque quisiera tampoco lo podría hacer.

SOLNESS.—

Cómo?

HILDA.—

He gastado ya cuanto tenía.

SOLNESS.—

Así pues, ni tiene V. equipaje, ni tiene dinero?

Hilda.—

Eso; pero no me importa. Para mí es lo mismo.

Solness.—

Sabe que me place, señorita?

Hilda.—

Nada más que eso?

Solness.—

Eso... y otras cosas. (*Se sienta en el sillón.*) Vive su padre todavía?

Hilda.—

Si, vive todavía.

Solness —

Y V. habrá venido para estudiar. .

Hilda.—

No, nunca pensé en ello.

Solness —

Pero querrá pasar algún tiempo aquí, no es verdad?

Hilda.—

Depende de las circunstancias. (*Pausa. Hilda se mece asaz violentamente sin dejar de mirar á Solness. De pronto, se quita el sombrero y lo deja sobre la mesa.*) Maestro Solness?...

Solness.—

Qué es?

Hilda.—

Olvida V. muy fácilmente, por lo que veo.

Solness.—

Oh! no, que yo sepa.

Hilda.—

Quiere V., entonces, que reanudemos la conversación que empezamos allá arriba?

Solness.—

(*Poniendo un poco de atención.*) Allá arriba?... En Lissanger? Bah! paréceme que no vale mucho la pena.

Hilda.—

(*Mirándole con aire de reproche.*) Pero, qué dice?

Solness.—

Entonces, hable V.... diga.

Hilda.—

Cuando estuvo la torre acabada, se hizo una gran fiesta en la ciudad.

Solness —

No olvidaré nunca aquel día.

Hilda.—

(*Sonriendo.*) De veras?. . Se lo agradezco mucho.

Solness.—

Me lo agradece? ..

HILDA.—

Delante de la iglesia tocaba una música y se habían reunido allí centenares de personas. Nosotras, las niñas de las escuelas, íbamos vestidas todas de blanco, y cada una llevábamos en la mano una pequeña bandera.

SOLNESS.—

Ah! sí, sí, lo recuerdo!

HILDA.—

Y el maestro Solness, con pie firme y seguro, subió á lo más alto de la torre, llevando en la mano una gran corona, que colocó él mismo allá arriba, en la propia cima del campanario...

SOLNESS.—

Así tenía yo la costumbre de hacerlo, conforme á la tradición.

HILDA.—

De veras que impresionaba mucho verle allá arriba, en lo más alto... Si se cayese ahora el constructor! pensaba una sin quererlo.

SOLNESS.—

(*Secamente para cortar la conversación.*) Y podía haber sucedido, porque una de aquellas endiabladas chicuelas vestidas de blanco comenzó á gritar desaforadamente...

HILDA.—

(*Radiante de alegría.*) «Viva el constructor Solness!» Así, verdad?

SOLNESS.—

Agitando al mismo tiempo de tal modo su banderola, que faltó muy poco para que no me diese el vértigo.

HILDA.—

(*A media voz, muy seria.*) En verdad que era yo entonces una niña endiablada.

SOLNESS.—

(*Mirándola como asustado.*) Ahora lo comprendo! Aquella muchachuela era V.... V. misma!

HILDA.—

(*Con su natural vivacidad.*) Era un espectáculo hermoso, emocionante! Nunca creyera que en el mundo hubiese un constructor capaz de levantar una torre tan alta, y que le pudiese yo ver un día allá, en la cima, sin sentir el más ligero desvanecimiento... Esto era, no lo dude, lo que más admiraba á cuantos le contemplaron en aquel instante.

SOLNESS.—

Pero, cómo podía V. saber...

HILDA.—

Saberlo, no... Pero mi alma me lo decía· Tampoco era V. capaz de haber can-

tado allá arriba, en lo alto de la torre, y cantó...

Solness.—

(*Admirado.*) Que yo canté?

Hilda.—

Sí, cantó.

Solness.—

No he cantado una sola vez en toda mi vida.

Hilda.—

Sin embargo, aquel día cantó... Parecía como que hubiese arpas allá arriba.

Solness.—

(*Pensativo.*) Es muy extraño todo eso.

Hilda.—

(*Despues de una pequeña pausa.*) Pero, lo más importante vino despues... Creo que no será preciso recordárselo.

Solness.—

Sin embargo, no estará de más que ayude V. á mi memoria.

Hilda.—

No recuerda el gran banquete que el Circulo le ofreció?

Solness.—

Si, lo recuerdo... y recuerdo tambien que partí al día siguiente.

HILDA.—

Pues al salir del Círculo, por la noche, estuvo V. invitado en mi casa.

SOLNESS.—

Es verdad, señorita Wangel... Me sorprende la fidelidad con que recuerda V. esas pequeñeces.

HILDA —

Con que pequeñeces, eh? Fué tambien una pequeñez la de hallarme en la sala cuando entró V.?

SOLNESS.—

Era?...

HILDA.

Yo misma, y entonces no me llamó: niña endiablada.

SOLNESS.—

Me hubiese guardado mucho.

HILDA.—

En cambio, me dijo que estaba muy hermosa con mi vestido blanco, y que parecía una pequeña princesa.

SOLNESS.—

Y era verdad, señorita Wangel... Además, sentíame aquel día tan contento...

HILDA.—

Y añadió que yo debía llegar á ser una verdadera princesa.

SOLNESS.—

(*Riendo.*) Esto dije también?

HILDA.—

Sí, lo dijo. Y cuando yo le pregunté cuánto tiempo debía esperar aún, respondióme que volvería dentro de diez años—como el caballero de la leyenda—para llevárseme consigo á muy lejanas tierras... prometiéndome que allá me daría un reino.

SOLNESS.—

(*Riendo.*) Después de una buena comida se suele ser generoso. Pero, es verdad que dije todo esto?

HILDA —

Sí, y hasta dijo el nombre de mi reino.

SOLNESS.—

Cómo era, á ver ..

HILDA.—

Debía llamarse el Reino de la Melancolía.

SOLNESS.—

Vaya un nombre bonito.

HILDA —

A mí no me gustó gran cosa... Parecióme en aquel momento que quería V. divertirse conmigo.

SOLNESS.—

Nunca tuve tan mala intención.

HILDA.—

Y en realidad, ni podía siquiera suponerse despues de lo que hizo V. luego.

SOLNESS.—

Sepamos qué diablos hice después.

HILDA.—

Hasta eso ha olvidado! Pues paréceme que tales cosas no debieran olvidarse jamás.

SOLNESS.—

Bien, veamos; ayude otra vez á mi flaca memoria...

HILDA.—

(*Mirándole fijamente.*) Me tomó entre sus brazos... y me besó, señor maestro Solness!

SOLNESS.—

(*Muy sorprendido, levantándose.*) Yo?

HILDA.—

Sí, sí!... me estrechó entre sus brazos fuertemente y me besó, me besó muchas veces.

SOLNESS.—

Señorita Wangel!...

HILDA.—

(*Levantándose.*) Espero que no intentará negarlo?

Solness.—

Oh! lo niego en absoluto.

Hilda.—

(*Mirándole con ironia.*) Ah! sí?... (*Se vuelve y andando despacio se aparta de Solness, quedándose al fin quieta, con las manos á la espalda. Pequeña pausa,*)

Solness.—

(*Muy despacio tambien se acerca á la joven.*) Señorita Wangel! (*No se mueve siquiera.*) No se esté inmóvil como una estátua... Todo eso que ha dicho lo debe V. haber soñado. (*La coge del brazo.*) No me oye? (*Hilda hace un movimiento de impaciencia.*) Pero, aguarde... aguarde! (*Como si se le ocurriese alguna idea.*) Ciertamente, aquí hay algo muy misterioso!... (*Hilda sigue inmóvil y él continua á media voz, pero marcando mucho las palabras.*) Yo debo haber pensado todo eso! Sí, debo haber querido todo eso... y desearlo tambien... Lo mismo que la otra vez!... (*Impacientándose*) Pero, sí, es verdad, vaya!... Todo aquello es verdad!...

Hilda.—

(*Vuelve un poco la cabeza, pero sin mirarle.*) Conviene V. ahora en cuánto he dicho?

SOLNESS —

Sí, convengo en lo que quiera.

HILDA.—

Que me tomó en sus brazos?

SOLNESS —

Sí.

HILDA —

Que me estrechó fuertemente?

SOLNESS.—

Sí, muy fuertemente.

HILDA.—

Que me besó?

SOLNESS.—

Sí, la besé.

HILDA.—

Muchas veces?

SOLNESS.—

Cuántas veces quiera.

HILDA.—

(*Se vuelve rapidamente hacia él, brillando otra vez en sus ojos la alegría.*) Ya vé V. como al fin lo ha debido confesar todo.

SOLNESS.—

(*Sonriendo.*) Pero, cómo pude yo olvidar esas cosas?

HILDA.—

(*Apartándose de él otra vez.*) Ah!... debe haber besado á tantas en su vida!

SOLNESS —

No, no lo crea... (*Hilda se sienta en el sillón; Solness se queda en pie, apoyándose ligeramente en la mecedora, y contemplando un rato á la joven*) Señorita Wangel. .

HILDA.—

Qué?

SOLNESS.—

Dígame qué sucedió despues entre nosotros.

HILDA.—

Nada. Llegaron otras visitas.

SOLNESS.—

Pero, cómo pude olvidar?...

HILDA.—

Ah! no, V. no ha olvidado nada .. Lo que hay es que le dá un poquitín de vergüenza... Estas cosas no se olvidan nunca, bien lo sé yo.

SOLNESS —

Cierto que no debieran olvidarse...

HILDA.—

(*Mirándole y con su natural vivacidad*). Y la fecha, ha olvidado también la fecha?

SOLNESS.—

La fecha?

HILDA.—

Sí, la fecha del día en que puso la corona en lo más alto del campanario. A ver...

SOLNESS.—

Palabra de honor que no la recuerdo. Solamente sé que este otoño hará diez años.

HILDA.—

(*Moviendo la cabeza afirmativamente*). Diez años hace el día 19 de septiembre... Cabales!

SOLNESS.—

Muy bien! Hasta la fecha recuerda V. Pero, aguarde!... Oh! sí, hoy es el 19 de septiembre.

HILDA.—

Precisamente... Y han pasado los diez años de la leyenda, sin que el maestro Solness se presentara á cumplir su promesa.

SOLNESS.—

Mi promesa? Pero es que V. cree que yo quise entonces darle miedo?

HILDA.—

Ya sé que no trató de asustarme.

SOLNESS.—

Quise tan sólo divertirme un poco. V. era entonces una niña.

HILDA.—

Oh! no tanto... ni tan inocente como V. piensa.

SOLNESS.—

(*Mirándola sorprendido*). Creyó seriamente que yo había de volver?

HILDA.—

(*Disimulando una sonrisa de menosprecio*). Me lo había V. prometido.

SOLNESS.—

Y pensó que yo vendría á su casa para robarla?

HILDA.—

Como los caballeros ..

SOLNESS.—

Para hacerla princesa?

HILDA.—

Me lo había prometido!

SOLNESS.—

Para darle un reino?

HILDA.—

Porqué no?... Y un reino espléndido; aunque no como á esos reinos de la tierra...

SOLNESS.—

En fin, algo que lo valiese!

HILDA.—

Eso es... algo que valiese como un reino verdadero. (*Mirándole*). Quien sabe construir las más altas torres del mundo, bien podía darme á mí un reino... Esto es lo que yo pensé.

SOLNESS.—

(*Moviendo la cabeza*). No alcanzo á comprenderla, señorita Wangel.

HILDA.—

No obstante, hablo muy claro.

SOLNESS.—

No alcanzo á comprender cuánto va diciendo; y pienso que quiere burlarse de mí.

HILDA —

(*Sonriendo*). Burlarme de V.?

SOLNESS —

(*Mirándola).* Há mucho que sabe V. que estoy casado?

HILDA.—

Por qué me pregunta eso?

SOLNESS.—

Por nada... una idea... (*Mirándola fijamente, y á media voz*). Porqué ha venido V. aquí?

HILDA —

Para que me diese mi reino. No se ha cumplido ya el plazo?

SOLNESS.—

(*Riendo).* Me hace V. mucha gracia, en verdad.

HILDA —

(*Alegre).* Quiero mi reino, señor maes-

tro! (*Golpeando la mesa con los dedos*). Venga aquí mi reino!

SOLNESS.—

(*Sentándose en la mecedora*). Hablemos seriamente: porqué ha venido? Qué es lo que quiere?

HILDA.—

Oh! primeramente quiero ver la ciudad y todo lo que mi maestro Solness ha hecho en ella.

SOLNESS.—

No le faltará que hacer.

HILDA.—

Es mucho, pues, lo que ha construído aquí, mucho?

SOLNESS.—

Mucho, sobre todo esos últimos años.

HILDA.—

Y también muchos campanarios?... Muy altos?

SOLNESS.—

Ya no levanto campanarios... ni templos.

HILDA.—

Pues, qué hace ahora?

SOLNESS.—

Casas para habitación.

HILDA.—

(*Reflexionando*). Y no se les pueden añadir campanarios á las casas?

SOLNESS.—

(*Con sorpresa*). Qué quiere decir?

HILDA.—

Campanarios ó torres que se alzaren libremente, orgullosamente, en el espacio anchísimo, hasta una altura vertiginosa...

SOLNESS.—

(*Pensativo*). Es muy extraño que me diga V. esto... Esto es precisamente lo que yo quisiera más que nada.

HILDA.—

(*Impaciente*). Pues, porque no lo hace?

SOLNESS.—

(*Moviendo la cabeza*). Es que á los hombres no les gustarían esas casas.

HILDA.—

Qué importa eso?

SOLNESS.—

Ahora estoy construyendo una casa para mí.

HILDA.—

Para V.?

SOLNESS.—

Está ya casi terminada y tiene una torre...

HILDA.—

Muy alta?

SOLNESS.—

Sí.

HILDA.—

Muy alta?

SOLNESS.—

La gente dirá que lo es demasiado, al menos para una casa habitación.

HILDA.—

Quiero ver pronto esa torre... mañana, apenas amanezca.

SOLNESS.—

(*Apoya la cabeza entre las manos y mira á la joven fijamente*). Dígame, señorita Wangel, cuál es su nombre?

HILDA.—

Me llamo Hilda.

SOLNESS.—

(*Sin mudar de actitud*). Hilda? De veras?

HILDA.

Cómo no lo recuerda? V. mismo me llamó así el día aquel en que fué tan malo...

SOLNESS.—

Malo? He sido yo malo?

HILDA.—

Aquel día me llamó V. «mi pequeña Hilda» y me disgustó mucho.

SOLNESS.—

Porqué?

HILDA.—

En aquel momento, sobre todo . paréceme que «Princesa Hilda» sonara muchísimo mejor.

SOLNESS.—

Ciertamente. Princesa Hilda de... de... Cómo se ha de llamar el reino de mi princesa?

HILDA —

Ah! Ah!... ya nada me importan esas tonterías.

SOLNESS.—

(*Muy pensativo*). Es muy extraño! Cuánto más pienso en ello, más claramente veo que durante estos diez años me he martirizado á mí mismo...

HILDA.—

Porqué?

SOLNESS.—

Por recordarme de algo pasado ya y que me parecía haber completamente olvidado... Y nunca pude llegar á saber qué cosa era esa...

HILDA.—

Haber hecho un nudo en el pañuelo.

SOLNESS.—

Para no saber después lo que el nudo significaba.

HILDA.—

Cierto; no faltan prodigios en el mundo.

SOLNESS.—

(*Se levanta muy despacio*). Me ha hecho un gran bien su venida ..

HILDA.—

(*Fijando en él una profunda mirada*). Lo dice de veras?

SOLNESS.—

Me sentía tan solo, tan falto de ayuda... (*Muy despacio*). Se lo diré: empieza á darme mucho miedo la juventud!

HILDA.—

Pero, es posible tener miedo de la juventud?

SOLNESS.—

Oh! sí, yo lo tengo. He aquí porque vivo encerrado en mi casa. (*A media voz*). La juventud vendrá á llamar á mi puerta, querrá venir hacia mí...

HILDA.—

En tal caso, paréceme que mejor sería

andar hacia ella, y abrirle la puerta de par en par.

SOLNESS.—

Abrirle la puerta?

HILDA.—

Y dejarla entrar en su casa.

SOLNESS.—

No, no, no; la juventud... es la expiación. La juventud avanza ya, tremolando en sus manos una bandera nueva.

HILDA.—

(*Se levanta, le mira un momento y dice con voz fuerte*). Puedo serle útil en algo, maestro?

SOLNESS.—

Ciertamente que puede serme útil ahora, porque paréceme que también V. viene á mí tremolando una bandera nueva... Juventud contra juventud!...

ESCENA XIV

Dichos y el DOCTOR

DOCTOR.—

(*Entrando por la puerta de la antesala*). Todavía aquí, señorita Wangel?

SOLNESS.—

Hemos estado hablando largamente... de cosas viejas y de cosas nuevas.

DOCTOR.—

Ah! de veras?

HILDA.—

Oh! ha sido muy divertido, porque el señor Solness... tiene una memoria realmente fenomenal: lo recuerda todo, todo, hasta las más pequeñas... pequeñeces.

ESCENA XV

Dichos y la Sra. SOLNESS.

SRA SOLNESS —

(*Entrando por la puerta de la derecha*). Señorita Wangel, ya tiene arreglado su cuarto.

HILDA. -

Oh! gracias, cuán amable...

SOLNESS.—

(*A su mujer*). Has dispuesto uno de los cuartos de los niños?

SRA. SOLNESS.—

Sí, el del medio. Vaya, á la mesa ahora.

SOLNESS.—

Vamos! Hilda dormirá esta noche en cama de niña.

SRA. SOLNESS —

(*Mirándole*). Hilda?

SOLNESS.—

Sí, la señorita Wangel se llama Hilda. La conocí cuando era muy pequeña.

Sra. Solness.—

Oh! de veras, Halvard?... Pero, vamos, vamos ya; la mesa está dispuesta. (*Toma el brazo del Doctor; Hilda mientras tanto ha recogido sus efectos de viaje*).

Hilda.—

(*En voz baja y breve*). Es verdad lo que me ha dicho? Cree que le puedo servir de algo?

Solness.—

Como que V. es la mujer que me faltaba.

Hilda.—

(*Le mira un momento y luego palmoteando*). Oh! alegría... hoy triunfo!

Solness.—

Qué dice?

Hilda.—

Que ya tengo mi reino!

Solness.—

Hilda?...

Hilda.—

(*Fuertemente emocionada*). Que lo tengo .. no; quise decir que casi lo tengo! (*Sale por la derecha, y Solness luego*).

Telón.



ACTO SEGUNDO

Representa el escenario una pequeña sala arreglada con cierta elegancia, en casa Solness. En el fondo una gran puerta vidriera que da á la terraza y al jardin. A la derecha, formando ángulo obtuso, una gran ventana, con muchas flores en su alfeizar. A la izquierda, formando ángulo tambien, una pequeña puerta. A la derecha una consola, con un grande espejo encima y muchas plantas y flores, dispuestas con arte. En el lado opuesto un sofá, con una pequeña mesa delante y algunas sillas; junto al sofá una pequeña librería. En el centro una mesa y varias sillas. Es de mañana, muy temprano. SOLNESS, sentado á la mesa del centro, está examinando los dibujos de Ragnar. La señora SOLNESS va de un lado á otro, despacio, cuidando y arreglando las flores; va vestida de negro, y tiene sobre una silla el sombrero, la manteleta y la sombrilla. De vez en cuando, SOLNESS levanta los ojos y la sigue disimuladamente con la mirada. Despues de un rato de silencio KAIA aparece en la puerta de la izquierda.

ESCENA PRIMERA

SOLNESS.—

(*Vuelve la cabeza y dice con aire de indiferencia.*) Ah! estaba V. aquí?

KAIA.—

Entré solamente para decirle...

SOLNESS.—

Sí, está bien. Ragnar ha venido?

KAIA.—

Todavía no. Ha debido quedarse en casa para aguardar al médico. Pero, vendrá enseguida, para preguntarle si...

SOLNESS.—

Cómo está hoy el viejo?

KAIA.—

Mal. Así, le ruega que quiera dispensarle si se ve acaso obligado á permanecer en la cama todo el día.

SOLNESS.—

Está bien, y no se apure por eso .. Ya puede V. ir á su trabajo.

KAIA.—

Voy... (*Sin moverse.*) Desea hablar con Ragnar en cuanto llegue?

SOLNESS.—

No, no tengo nada que decirle. (*Sale Kaia, y Solness continúa examinando los dibujos. La señora Solness continúa tambien entreteniéndose con las flores.*)

ESCENA II

SOLNESS y Sra. SOLNESS

SRA. SOLNESS.—

Quien sabe si morirá tambien éste...

SOLNESS.—

(*Mirándola.*) Cómo éste!... Qué significa?...

SRA. SOLNESS.—

Ah! sí, pobre viejo!... Cierto que morirá pronto... tú lo verás, Halvard.

SOLNESS.—

Querida Alina, no habías dicho que querías salir un poco?

SRA. SOLNESS.—

Sí, en efecto, lo había dicho... (*Continúa arreglando las flores.*)

SOLNESS.—

(*Inclinado sobre los dibujos.*) Duerme todavía?

SRA. SOLNESS.—

(*Mirándole.*) Hablas de la señorita Wangel?

SOLNESS.—

(*Con indiferencia.*) Sí, querida, de la señorita Wangel hablaba.

SRA. SOLNESS —

Pues, hace ya un rato que se ha levantado.

SOLNESS.—

Ah, sí?

SRA. SOLNESS —

Cuando entré en su cuarto, estaba arreglándose los vestidos. (*Se pára delante del espejo y con calma empieza á ponerse el sombrero. Pausa breve*)

SOLNESS.—

He aquí que ya hemos podido aprovechar, Alina, uno de los cuartos de los niños.

SRA. SOLNESS.—

Es verdad.

SOLNESS.—

Lo cual siempre es mucho mejor que verlos todos vacíos.

SRA. SOLNESS.—

Porque es un vacío verdaderamente horrible, tienes razón.

SOLNESS.—

(*Cierra la cartera y se acerca á su mujer.*) Ya verás, Alina, como de hoy en adelante todo andará mejor para noso-

tros. La vida se deslizará mucho más alegre, más fácil... especialmente para tí.

SRA. SOLNESS.—

(*Mirándole.*) De hoy en adelante?

SOLNESS.—

Sí, créeme, Alina...

SRA. SOLNESS.—

Lo dices porqué ha venido ella?..

SOLNESS.—

(*Disimulando.*) No. Referíame, es claro... á nuestra próxima instalación en la casa nueva.

SRA. SOLNESS.—

Ah! crees tú, Halvard, que nos irá mejor en la casa nueva? (*Toma la manteleta.*)

SOLNESS.—

No lo dudo siquiera. Y aún creo que, en el fondo, tú piensas como yo.

SRA. SOLNESS.—

No tengo confianza alguna en la casa nueva.

SOLNESS.—

(*Contrariado.*) De veras te digo que no pueden serme agradables tus palabras... Ya sabes que la casa la he construído principalmente para tí. (*Va á ayudarla á ponerse la manteleta.*)

Sra. Solness.—

(*Rechazando la ayuda.*) Oh! no .. tú haces demasiado por mí.

Solness.—

(*Con alguna violencia.*) No, no me hables así, Alina... ya sabes que no lo puedo sufrir!

Sra. Solness.—

Bueno, pues, nada más te diré, Halvard.

Solness.—

Lo que yo te digo y te aseguro es que estaremos mucho mejor en la casa nueva.

Sra. Solness.—

Que estaré mejor?... y me lo dices tú?

Solness.—

Cierto, cierto, yo te lo digo, porque allí encontrarás muchas cosas... muchas cosas que te recordarán tu casa paterna.

Sra. Solness.—

La casa de mi padre y de mi madre?... La que ardió en un momento, toda entera?

Solness.—

(*Con voz sorda.*) Oh! sí, pobre Alina, aquel fué para tí un golpe tremendo.

Sra. Solness.—

(*Llorando.*) Construye cuántas casas quieras, Halvard... No podrás hacer jamás una que me plazca.

SOLNESS.—

(*Andando de un lado á otro.*) Bien, bien, entonces, en nombre de Dios te lo pido, no hablemos más de eso.

SRA. SOLNESS.—

No será porqué lo hagamos con mucha frecuencia, pues tú lo evitas siempre que puedes...

SOLNESS.—

(*Deteniéndose y mirándola un momento.*) Yo?... Y porqué lo haría?

SRA. SOLNESS.—

Oh! yo lo sé perfectamente, Halvard. Es para evitarme, en lo posible, todo mal rato, perdonándome...

SOLNESS.—

(*Sin acabar de comprender.*) Perdonarte á tí, Alina; pero, es que hablas de tí?

SRA. SOLNESS.—

De mí misma hablo, ciertamente.

SOLNESS.—

(*Como para sí mismo.*) Esto más!..

SRA. SOLNESS.—

Porque la casa vieja... Pero, Dios mío, lo que haya sido, haya sido... Pues que esa desgracia había de venir...

SOLNESS.—

Sí, tienes razón: contra la fatalidad nada se puede... Así lo dicen.

SRA. SOLNESS —

Pero lo malo es que el incendio tuvo consecuencias fatales... y esto, esto es lo terrible!

SOLNESS.—

(*Con violencia.*) No pensemos en ello, Alina.

SRA. SOLNESS.—

No puedo. Deja que siquiera una vez desahogue mi dolor, pues ya es para mí absolutamente insoportable. Además, nunca me perdonaré á mí misma!...

SOLNESS.—

(*Con fuerza.*) Qué dices?

SRA. SOLNESS.—

Oh! sí, pues que yo tenía un doble deber que cumplir contigo y con los niños, debí haber sido más fuerte, no dejarme vencer tan fácilmente por el miedo, ni llorar tanto por la casa incendiada. (*Juntando las manos.*) Oh! si hubiese podido, Halvard, si hubiese podido!...

SOLNESS.—

(*Conmovido, se le acerca pausadamente.*) Alina, prométeme que no volverás á dejarte arrastrar por tan malos pensamientos. Hazlo... por mí, te lo ruego.

SRA. SOLNESS.—

Prometer! Se puede prometer tan sólo aquello que se puede cumplir!...

Solness.—

(*Andando de un lado á otro y retorciéndose las manos.*) Oh! es para desesperarse. Nunca, nunca un rayo de sol... Nunca ha de brillar un poco de luz en esta casa!

Sra. Solness.—

Pero esto es una casa, Halvard?

Solness.—

En verdad que tienes razón!... Y Dios tan sólo sabe si piensas ó no rectamente al creer que en la casa nueva no hemos de encontrar más alegrías que en esta.

Sra. Solness.—

No las encontraremos, no. Como aquí, hemos de encontrar en ella el mismo vacío, el mismo silencio...

Solness.—

(*Violento.*) Entonces, porque la hemos construído? Me lo puedes tú decir?

Sra. Solness.—

No, tú has de responder mejor á esto.

Solness.—

(*Mirándola con recelo.*) Qué quieres decir, Alina?

Sra. Solness.—

Yo?

Solness.—

Sí, dices cosas tan extrañas, que diríase que hablas con segundas intenciones.

Sra. Solness —

No, créeme, te aseguro...

Solness.—

(*Se acerca á ella.*) Vaya... sé bien lo que me digo. Veo y oigo perfectamente, Alina; no lo dudes.

Sra. Solness.—

Pero, qué dices?

Solness.—

(*Se le pone delante.*) Pero no has notado tú que mis palabras más inocentes llevan siempre escondida una intención maliciosa?

Sra. Solness.—

Nada de eso he notado.

Solness.—

Bah! no hay para que maravillarse, Alina. De un enfermo... de un...

Sra. Solness.—

(*Asustada.*) Enfermo?... Tú estás enfermo, Halvard?

Solness.—

(*Siguiendo en el mismo tono de antes.*) De un hombre medio simple, ó loco enteramente, como te agrade mejor...

SRA. SOLNESS.—

(*Se apoya en una silla y luego se sienta.*) Halvard!... Por Dios...

SOLNESS.—

Mas, yo os digo que os equivocáis los dos, tú y el Doctor.. Yo no estoy loco, no... (*Anda de un lado á otro, y ella va siguiéndole con la mirada; despues se acerca á ella y añade más calmado.*) En el fondo... en realidad, yo no tengo nada.

SRA. SOLNESS.—

Porque hablas así, entonces?

SOLNESS.—

No sé como es, no me lo explico, pero de vez en cuando siento en mi conciencia como el peso terrible de una grande culpa...

SRA. SOLNESS.—

Tú culpable... y contra quien, Halvard?

SOLNESS.—

(*Conmovido.*) Contra tí, Alina.

SRA. SOLNESS.—

(*Con pausa.*) Explícate, no comprendo...

SOLNESS.—

No es nada. Nunca me porté mal contigo... si acaso habrá sido inconcientemente, sin querer. Y sin embargo, siento en mi conciencia el peso de una culpa inmensa.

SRA. SOLNESS.—

Y es contra mí?

SOLNESS.—

Principalmente contra tí.

SRA. SOLNESS.—

Entonces, será verdad que estás enfermo, Halvard?

SOLNESS.—

(*Tristemente.*) Esto debe de ser, sin duda. (*Mira hacia la puerta de la derecha, que se abre.*) He aquí la luz! (*Entra Hilda; ha cambiado algo su ropa y lleva la falda larga.*)

ESCENA III

Dichos y HILDA

HILDA.—

Buenos días, maestro.

SOLNESS.—

(*Saludando.*) Ha descansado V. bien?

HILDA.—

Magnificamente; como en una cunita. Me metí en la cama y me quedé quieta como... como una princesa.

SOLNESS.—

(*Sonriendo.*) Con tranquilidad de conciencia?

HILDA.—

Eso es.

SOLNESS.—

Y ha soñado tambien?

HILDA.—

Sí, pero cosas terribles.

SOLNESS.—

De veras?

HILDA.—

He soñado, nada menos, que me caía á un profundo y horroroso abismo. No ha soñado V. alguna vez algo así?

SOLNESS.—

Ciertamente, algunas veces.

HILDA.—

Vaya una sensación espantosa y atrayente á la par. Caer, caer siempre...

SOLNESS.—

Se siente frío en el corazón, no es verdad?

HILDA.—

Y luego una se hace un verdadero ovillo entre sábanas...

SOLNESS.—

Ciertamente, ciertamente...

SRA. SOLNESS.—

(*Tomando la sombrilla.*) Halvard, yo me

voy... (*A Hilda.*) No me olvidaré de lo que V. necesita...

HILDA.—

(*Queriendo abrazarla.*) Oh! mi querida señora Solness, cuán amable es V. Mil gracias por todo.

SRA. SOLNESS.—

(*Rehuyendo el abrazo.*) No vale la pena; cumplo con mi deber, y lo cumplo gustosamente.

HILDA.—

Paréceme que bien podría salir á la calle así... No es verdad que he sabido arreglar bien mi traje?

SRA. SOLNESS.—

Debo decirle con franqueza que no me parece del todo... corriente; las gentes la mirarían á V. con verdadera sorpresa.

HILDA.—

(*Indiferente.*) Nada más que eso?

SOLNESS.—

(*Malhumorado.*) Pero podría creer la gente que estaba V. loca.

HILDA.—

Loca?... Hay muchos locos en la ciudad?

SOLNESS.—

(*Golpeándose la frente.*) Aquí tiene V. uno.

HILDA.—

V., maestro?

SRA. SOLNESS.—

Pero, Halvard...

SOLNESS.—

No lo ha notado V. aún?

HILDA.—

Hasta ahora, no. (*Reflexionando un poco y sonriendo.*) Pero, aguarde un momento... Oh, sí... cierto...

SOLNESS.—

Lo oyes, Alina?

SRA. SOLNESS.—

Qué ha observado V., señorita?

HILDA.—

No lo diré, ahora.

SOLNESS.—

Ah! dígalo, dígalo, por favor.

HILDA.—

Bah!... no soy todavía tan loca.

SRA. SOLNESS.—

La señorita Wangel te lo dirá, seguramente, á solas.

SOLNESS.—

Lo crees tú así?

SRA. SOLNESS.—

Claro!... puesto que tú la conoces hace

tantos años, de cuando era todavía una niña... Tú me lo dijiste... (*Sale por la izquierda.*)

ESCENA IV

SOLNESS y HILDA

HILDA.—
(*Despues de una pequeña pausa.*) Su mujer no me quiere mucho á mí.

SOLNESS.—
Ha notado V. algo?

HILDA.—
Pero, es que no lo ha notado V. tambien?

SOLNESS.—
Alina se vuelve algo huraña de un tiempo á esta parte...

HILDA.—
Ah! de veras?

SOLNESS.—
Pero cuando la conozca mejor... verá V. como en el fondo es muy buena... muy buena.

HILDA.—
Pues, si es tan buena como dice, porque está hablando siempre de deberes?

SOLNESS.—
De deberes?

HILDA.—

Sí; cuando ha dicho que iba á comprar algo para mí, porque ha añadido que lo hacía por deber?... Oh, no puedo sufrir esa palabra infamante y odiosa!

SOLNESS.—

Porqué, eso?

HILDA.—

Porque es una palabra fría, hueca, punzante. Deber, deber, deber!... No le parece á V. que hiere el alma?

SOLNESS.—

Nunca se me hubiera ocurrido...

HILDA.—

Pues, si su mujer es tan buena como dice, porque habla siempre así?

SOLNESS.—

Es un modo de hablar; todo el mundo habla igual.

HILDA.—

Hubiera podido decir que lo hacía por que me ama mucho; porque me quiere... Eso es; algo que descubra el afecto, la amistad, el amor... entiende?

SOLNESS.—

(*Mirándola.*) V. desea que se la trate así?

HILDA.—

Lo deseo... lo quiero. (*Da vueltas por la*

estancia y finalmente se detiene ante la librería.) Tiene muchos libros aquí.

SOLNESS.—

Sí, de vez en cuando compro alguno.

HILDA.—

Y los lee todos?

SOLNESS.—

Antes leía mucho... Y V. lee?

HILDA.—

Oh, nunca he sabido comprender lo que los libros dicen... Ahora ya no leo.

SOLNESS.—

A mí me pasa igual.

HILDA.—

(*Se acerca á la mesita, abre la carpeta y mira los planos.*) Todo eso lo ha dibujado V.?

SOLNESS.—

No, un joven ayudante que tengo aquí.

HILDA.—

Un discípulo suyo?

SOLNESS.—

Eso es; algo ha aprendido de mí.

HILDA.—

(*Se sienta.*) Debe ser muy inteligente! (*Contempla un rato uno de los dibujos.*)

SOLNESS —

No tanto como V. cree; pero cumple bien su cometido...

HILDA.—

Oh, sí, debe ser muy inteligente.

SOLNESS.—

Cree poderlo deducir de esos dibujos?

HILDA.—

Bah! no me ocupo de esas tonterias; pero si ha sido V. su maestro, por fuerza...

SOLNESS.—

Qué importa eso? Son muchos los que han trabajado conmigo; pero no todos han sabido aprender lo bastante para salir igualmente airosos.

HILDA.—

(*Mueve la cabeza, mirándole.*) Y V. ha sido tan... simple? Oh, esto sí que no lo entiendo!

SOLNESS.—

Simple?... Y porqué le parezco... esto que dice?

HILDA.—

Porque ha estado perdiendo el tiempo, total para formar discípulos torpes.

SOLNESS.—

Qué había de hacer, entonces?

HILDA.—

(*Se levanta y sonriendo.*) Ah! querido maestro; nadie más que V. había de construir y levantar torres muy altas. V. solo

había de hacerlo todo, y por sí solo, entiende?

SOLNESS.—

Hilda?...

HILDA.—

No es así?

SOLNESS.—

Pero, cómo ha podido ocurrírsele semejante idea?

HILDA.—

Le parece á V. muy disparatada?

SOLNESS.—

Nada de eso. Mas, ya le puedo hablar á V. francamente, Hilda. En mis largas soledades, en mi propia conciencia, he luchado no pocas veces con la idea que acaba V. de expresar.

HILDA.—

Y paréceme naturalísimo!

SOLNESS.—

(*Mirándola sorprendido.*) Pero, cómo ha podido, de un solo golpe, descubrir mi gran preocupación?

HILDA.—

Oh!... no era muy difícil!

SOLNESS.—

Entonces, porqué, no há mucho, me ha juzgado V. loco?

HILDA.—

En cosas muy distintas pensaba en aquel momento.

SOLNESS.—

Qué cosas eran esas?

HILDA.—

Qué puede importarle á V.?

SOLNESS.—

(*Apartándose de ella.*) Bien, cómo V. quiera. (*Se detiene junto á la ventana.*) Venga... Verá V....

HILDA.—

(*Acercándose.*) Qué?

SOLNESS.—

Allá, en el fondo del jardin...

HILDA.—

Aquella casa nueva?

SOLNESS.—

En la que se trabaja todavía, aunque está ya casi terminada.

HILDA.—

Aquella que tiene una torre muy alta... Es esa su nueva casa?

SOLNESS.—

Sí.

HILDA.—

A la cual piensa mudarse pronto?

SOLNESS.—

Sí.

HILDA.—
(*Mirando fuera.*) Tiene tambien cuartos para los niños?

SOLNESS.—
Tres, como aquí.

HILDA.—
Pero, sin niños tambien?

SOLNESS.—
Oh! esos no los tendremos jamás!

HILDA.—
(*Con ironia.*) No tenía yo razón?

SOLNESS.—
Cuando?

HILDA.—
Cuando dije que estaba V. algo... loco.

SOLNESS.—
Ah! en eso pensaba entonces?

HILDA.—
Sí, en los cuartos de los niños, en que hoy he dormido.

SOLNESS.—
Un tiempo los tuvimos... Alina y yo.

HILDA.—
(*Mirándole atentamente.*) Sí?

SOLNESS.—
Dos, de la misma edad.

HILDA.—
Serían gemelos, entonces?

SOLNESS.—

Gemelos, eso es... hace ya once...no, doce años.

HILDAi—

(*Con mucha pausa.*) Y los dos son... No los tienen ya esos hijos?

SOLNESS.—

(*Conteniendo su emoción.*) No los hemos tenido más que tres solas semanas. (*Da un gran suspiro.*) Cuán bien ha hecho en venir, Hilda! Al fin, tendré alguien con quien hablar de esas cosas.

HILDA.—

No puede hablar... con *ella*?

SOLNESS.—

No cómo yo quisiera, no cómo yo necesito. (*Con tristeza.*) Ni de esas cosas, ni de otras muchas tampoco!

HILDA.—

(*Recelosa.*) Y para eso... me dijo ayer que tenía necesidad de mí?

SOLNESS.—

En efecto, así era ayer... Hoy han mudado mucho las cosas... (*Cambiando de tono.*) Venga aquí, Hilda, sentémonos, V. en el sofá, de manera que domine todo entero el jardín. (*Hilda lo hace; Solness acerca á ella una silla.*) Está V. dispuesta á escucharme? (*Se sienta.*)

Hilda.—

¡Oh, sí, sí... con mucho gusto!

Solness.—

Siendo así... se lo voy á decir todo.

Hilda.—

Señor Solness, piense que en este momento tengo ante mis ojos el jardín y V.... Diga, diga ahora.

Solness.—

(*Señalando con la mano en dirección á la ventana.*) Allá, sobre aquella colina... donde ve ahora la casa nueva...

Hilda.—

Qué?

Solness.—

Allá pasamos, Alina y yo, los primeros años de nuestro matrimonio. En aquel mismo sítio levantábase, en otro tiempo, una casa vieja, que había pertenecido á la madre de Alina, y que nosotros heredamos luego, juntamente con todo ese inmenso jardín.

Hilda.—

Y esa casa vieja tenía tambien una torre?

Solness.—

No... Exteriormente era fea, ennegrecida por los años; pero el interior era limpio y hermoso.

HILDA.—

Y un día la casucha fué derribada?

SOLNESS.—

No... la destruyó un incendio.

HILDA —

Enteramente?

SOLNESS —

Sí.

HILDA.—

Y aquel incendio sería para V. una grande desventura?

SOLNESS.—

Según... Como constructor, comenzó precisamente mi fortuna en aquella época y empezó mi nombre á ganar fama.

HILDA.—

Pues...

SOLNESS.—

Es que, precisamente entonces, habían nacido nuestros dos angelitos... tenian poquísimos días.

HILDA.—

Ah! los dos gemelos...

SOLNESS.—

Y eran muy fuertes, muy sanos, al nacer. Crecían á ojos vistas... oh! era aquello un placer inmenso.

HILDA.—

Todas las criaturas son igual en los primeros tiempos.

SOLNESS.—

Era el espectáculo más hermoso del mundo, ver á Alina en medio de los dos hijos nuestros... Mas, he aquí que una noche estalla el incendio.

HILDA.—

(*Con ansiedad.*) Cómo fue?... Pereció alguien?

SOLNESS.—

No, por fortuna; pudimos salvarnos todos.

HILDA.—

Entonces?

SOLNESS.—

El miedo apoderóse de Alina terriblemente. El susto, la huída precipitada... y por encima de esto una noche glacial... viéndonos obligados á sacar de la casa á Alina y á los dos niños poco menos que desnudos...

HILDA.—

Y los pobrecitos no podrían soportar...

SOLNESS.—

Sí, pero Alina cayó enferma, y á pesar de ello empeñóse en seguir amamantando á los niños, como antes... Decía ella que

este era su deber. Entonces los dos pobres angelitos... (*Retorciéndose las manos.*) Ah! entonces...

HILDA.—

No lo pudieron resistir?

SOLNESS.—

No... no lo resistieron. Y la leche de su propia madre les mató!

HILDA.—

Eso le habrá hecho sufrir muchísimo!

SOLNESS.—

Oh! sí, he sufrido mucho; pero Alina ha sufrido más, mil veces más! (*Cerrando los puños*) Oh!... Y pensar que en el mundo han de suceder cosas tan horribles! (*Con voz firme.*) Desde el día que perdí á mis dos hijos, no he vuelto á construir iglesias ni campanarios, sino contra mi voluntad.

HILDA.—

De manera que le repugnaría á V. mucho levantar la torre de nuestra vieja iglesia?

SOLNESS.—

Oh, sí, mucho. Y recuerdo aun cuán grande fué mi alegría al terminarla.

HILDA.—

Tambien lo recuerdo yo...

SOLNESS.—

Mas, ahora, ya no quiero construir más iglesias ni campanarios.

HILDA.—

Nada más que casas para servir de habitación á los hombres.

SONNESS.—

Eso es, casas para morada de los hombres, Hilda, y nada más.

HILDA.—

Sí, pero casas con torres muy altas, muy altas...

SOLNESS.—

Naturalmente... cuando se pueda. (*En tono más ligero.*) Como decía... aquel incendio hizo mi fortuna, como constructor, se entiende.

HILDA.—

Porqué no se hace llamar arquitecto, como los otros?

SOLNESS.—

No he estudiado bastante. Todo lo que sé, lo he aprendido por mí solo.

HILDA.—

Pero eso no le ha impedido ir muy lejos.

SOLNESS.—

Gracias al incendio. Convertí casi todo nuestro jardin en terreno destinado á construcciones, dividiéndolo en muy pe-

queños trozos y levantando en ellos casitas según mi propia fantasía. Desde entonces, he visto mi camino sembrado de flores.

HILDA.—

(*Mirándole fijamente.*) Ha de ser V. un hombre muy afortunado, pues le sale todo bien.

SOLNESS.—

(*Con tristeza.*) Ah! tambien V. dice lo mismo que los demás dicen!

HILDA.—

Sí, y paréceme que sería su felicidad completa si no pensase tanto en aquellas dos pobres criaturitas.

SOLNESS.—

Ah! pobres hijos míos... No es fácil que les olvide nunca.

HILDA.—

(*Con cierta nerviosidad.*) De tal modo ocupan su pensamiento, aun hoy, después de transcurridos tantos años?...

SOLNESS.—

(*Mirándola fijamente.*) Ha dicho V. que yo soy un hombre afortunado...

HILDA.—

Claro que sí; es indudable... si olvidamos *eso*.

Solness.—

(*Mirándola aun*) Mientras yo le hablaba de ese incendio...

Hilda.—

Qué?

Solness.—

No se le ha ocurrido una idea, una idea que ha de haber herido su mente de un modo singular?

Hilda.—

(*Reflexionando.*) No. Confieso que...

Solness.—

(*Con voz sorda, pero marcando mucho las palabras*) Que yo debo á ese incendio haber podido construir casas para los demás, casas alegres, llenas de aire y de luz, donde se viva bien, donde padres é hijos pasen su existencia en la más profunda convicción de que verdaderamente es una gran fortuna vivir en este mundo y, sobre todo, vivir los unos para los otros... así en las casas pobres como en las más ricas.

Hilda.—

(*Con viveza.*) Pero, no es tambien para V. una gran suerte haber construído tan espléndidas moradas?

Solness.—

No olvide, Hilda, el precio, el precio terrible con que debí pagar tanta fortuna!

HILDA.—

Es que no habría algun medio para destruir ese torturador recuerdo?

SOLNESS.—

No le hay... Y para poder dar á los demás moradas semejantes, he debido renunciar á poseer una yo mismo. Quiero decir, una casa con hijos y en la cual el padre y la madre puedan vivir perennemente felices.

HILDA.—

(*Muy seria.*) De veras ha renunciado á tales alegrías? Para siempre, siempre!...

SOLNESS.—

(*Levantando lentamente la cabeza.*) Sí, este ha sido el precio de lo que V. llama «mi felicidad, mi fortuna». (*Respira fuerte.*) Fortuna! Felicidad!... Bien caras me han costado, Hilda!

HILDA.—

Pero, y mañana?...

SOLNESS.—

Oh! no, no existe el mañana para mí. Siempre será lo mismo...

HILDA.—

Entonces, porqué construir tantos cuartos para niños?

SOLNESS.—

(*Con gravedad.*) No ha observado, Hil-

da, que en lo imposible hay siempre algo que cautiva, que atrae?

HILDA.—

(*Reflexionando.*) En lo imposible, dice? (*Con viveza.*) Sí, ciertamente... tambien sabe V. esto?

SOLNESS.—

Tambien lo sé.

HILDA.—

Hay en V. algo sobrenatural.

SOLNESS.—

Qué quiere decir con esto?

HILDA.—

No sé expresarlo con otras palabras.

SOLNESS.—

(*Se levanta.*) No, realmente, es mucha verdad lo que V. ha dicho. (*Con fuerza*) Pero es que uno se vuelve hasta mago... cuando se tiene, como yo, esa constante fortuna en todo, en todo...

HILDA.—

No entiendo...

SOLNESS.—

Estéme atenta, Hilda; todo cuánto he hecho, las casas que he construído, las torres que he levantado, todo cuánto ha salido de mis manos sólido y hermoso... sublime... (*Cerrando los puños.*) Oh, no es cosa terrible el pensar?...

HILDA.—

Pensar qué?

SOLNESS.—

Que todo eso yo he debido comprarlo, no con dinero... sino con felicidad humana. Y no solamente con mi propia felicidad, sino tambien con la de los otros. Sí, Hilda, esta es la verdad. He aquí el precio que me ha costado mi fama de artista... y aun no es esto todo. Día por día, he de estar viendo aún cómo siguen pagando!

HILDA.—

(*Se levanta y le mira fijamente.*) En este momento, piensa V. en... en *ella*.

SOLNESS.—

Sí, pienso mucho en Alina, porque Alina tenía su misión que cumplir, como yo la mía. (*Con voz temblorosa.*) Pero ha sido fuerza que su vocación quedase destruída enteramente... para que yo pudiese llegar á esa especie de triunfo. Porque ha de saber V. que Alina construía tambien... á su manera.

HILDA.—

Alina, de veras?

SOLNESS.—

(*Moviendo la cabeza*) No se trataba, entiéndalo bien, de construir, como yo hacía, casas y torres.

HILDA.—

Qué, entonces?

SOLNESS.—

(*Con honda emoción.*) Almas... Hilda, almas de niños sanos, hermosos, que más tarde se pudiesen convertir en almas de hombres fuertes y grandes, amadores de la verdad y de la justicia. Esta era la misión de Alina... y hoy está todo eso bajo tierra, inservible, inútil para siempre... como las cenizas de una casa incendiada.

HILDA.—

Y aunque fuese así?...

SOLNESS.—

Oh! es así, no lo dude, lo sé, lo sé bien.

HILDA.—

Sea; pero el culpable no es V.

SOLNESS.—

(*La mira fijamente y mueve con pausa la cabeza.*) Precisamente aquí está la duda horrible, la duda que me atormenta noche y día.

HILDA.—

Qué duda?

SOLNESS.—

Suponga V. por un momento que yo sea culpable... de uno ó de otro modo.

HILDA.—

V.... culpable del incendio?

SOLNESS.—

De todo lo que entonces sucedió. Y aun siendo inocente...

HILDA.—

(*Mirándole con solicitud.*) Oh! Sr. Solness, para hablar V. así... casi es fuerza pensar que esté enfermo!

SOLNESS.—

Bah!... creo que, por lo que hace á esto, no he de curarme jamás. (*Hilda se pasea por la estancia, mientras Ragnar abre cautelosamente la puerta de la izquierda.*)

ESCENA V

Dichos y RAGNAR

RAGNAR.—

(*Viendo á Hilda.*) Oh!... perdóneme, señor Solness... (*Va á retirarse.*)

SOLNESS.—

No, no; aguarde un poco. Será mejor que acabemos... pronto.

RAGNAR.—

Tambien yo quisiera...

SOLNESS.—

A lo que parece, su padre no va mejor?

RAGNAR.—

El pobre viejo va perdiendo fuerzas

cada día. Y esto me obliga á suplicarle con nueva insistencia que se digne escribir en alguno de mis dibujos siquiera una palabra de elogio... algo que yo pueda enseñar á mi padre, antes que...

SOLNESS.—

No quiero que se me hable más de esos dibujos.

RAGNAR.—

Es que no los ha... visto V. aún?

SOLNESS.—

Sí, los he visto.

RAGNAR.—

Entonces, es que no valen nada? Es que no valgo yo nada tampoco?

SOLNESS.—

Escúcheme, Ragnar; quédese aquí conmigo... Se casa con Kaia, y sin pensar en locas ambiciones, serán los dos felices. Renuncie de una vez y para siempre á sus vanos deseos de trabajar por cuenta propia.

RAGNAR.—

Está bien. Voy ahora mismo á llevar su respuesta á mi padre... Se lo he prometido. Es esto lo que he de decir á mi pobre padre, antes que muera?

SOLNESS.—

(*Muy agitado.*) Dígaselo... dígale lo que

quiera... Pero haría mucho mejor, Ragnar, en no decirle ahora nada. (*Con pesar.*) No puedo hacer otra cosa!

RAGNAR.—

En tal caso, puedo llevarme los dibujos?

SOLNESS —

Tómelos! Sobre aquella mesa están.

RAGNAR.—

(*Dirigiéndose hacia ella.*) Gracias.

HILDA.—

(*Poniendo la mano sobre la carpeta.*) No, no; déjelos.

SOLNESS.—

Porqué?

HILDA.—

Quiero verlos.

SOLNESS.—

No los ha visto ya? (*Á Ragnar.*) Déjelos, entonces.

RAGNAR.—

Con mucho gusto.

SOLNESS.—

Y vuélvase al lado de su padre.

RAGNAR.—

Pues me lo permite...

SOLNESS.—

(*Con exaltación.*) No vuelva á pedirme

nunca más lo imposible... Me comprende, Ragnar?...

RAGNAR.—

Está bien... Dispénseme. (*Saluda y se retira por la puertecita. Hilda se sienta en una silla cerca del espejo.*)

ESCENA VI

HILDA y SOLNESS

HILDA.—

(*Con aire de reproche*) Es muy malo esto que ha hecho V.

SOLNESS.—

Ah! V. cree?

HILDA.—

Ha sido malo, muy malo, cruel y duro.

SOLNESS.—

Es que no puede V. ver lo que pasa por mí.

HILDA.—

Es igual... V. no debía obrar de esa manera.

SOLNESS.—

Pero si V. misma decía no há mucho que solamente yo tenía el derecho de construir....

HILDA.—

Yo puedo decirlo; V. no.

SOLNESS —

Al contrario, yo más que nadie... Piense en el precio que me costó llegar donde estoy.

HILDA.—

Lo sé bien! Le ha costado la alegría de su casa... como V. dice.

SOLNESS.—

Sin contar la paz de mi espíritu ..

HILDA.—

(*Se levanta.*) La paz de su espíritu... (*Con voz penetrante.*) Tiene V. razón, pobre señor Solness, es verdad; V. imagina que...

SOLNESS.—

(*Sonriendo.*) Vuelva á sentarse, Hilda. Todavía le he de contar algo muy ridículo.

HILDA.—

(*Se sienta y pone grande atención.*) Qué será?

SOLNESS.—

A primera vista lo parece muy ridículo, pues se trata, figúrese V., de una grieta en la chimenea...

HILDA.—

Y nada más?

SOLNESS —

Nada más, para comenzar. (*Acerca una silla á Hilda y se sienta.*)

HILDA.—

(*Impaciente.*) Ha dicho V. una grieta en la chimenea?

SOLNESS.—

Muchísimo antes del incendio habíame percatado ya de semejante desperfecto. Cada vez que salía al tejado iba á ver si estaba todavía igual.

HILDA.—

Y lo encontraba igual, siempre?

SOLNESS.—

Sí, porqué como nadie más que yo lo sabía!

HILDA.—

No lo había dicho, pues, á nadie?

SOLNESS.—

No.

HILDA.—

Y no pensó nunca en hacerla reparar?

SOLNESS.—

Sí que lo pensé, más de una vez; pero nunca me decidí. Cada vez que quise ocuparme de ello, parecíame que una fuerza misteriosa me lo impedía. Hoy no, decíame; lo haremos mañana.... Y el caso es que nunca hice nada.

HILDA.—

Pero, porqué tanto descuido?

SOLNESS.—

Por una idea que se me aferró en el cerebro (*Con voz muy grave y pausada.*) Por aquel agujero podía entrar la fortuna.

HILDA.—

(*Fijando la mirada en el espacio.*) Oh! en verdad que debía ser cosa emocionante!

SOLNESS.—

Me era imposible... absolutamente imposible obrar de otra manera! Parecíame aquello tan sencillo y tan natural! Yo hubiese querido que el incendio estallase en pleno invierno... antes de medio día. En tal ocasión yo me hubiera encontrado fuera de casa, y Alina tambien, en su acostumbrado paseo. Los criados hubieran encendido un gran fuego en la chimenea... para calentar las habitaciones...

HILDA.—

A causa de estar muy frío el tiempo...

SOLNESS.—

Eso es, muy frío... y para que al volver Alina encontrase caliente la casa...

HILDA.—

Pues Alina siente mucho el frío...

SOLNESS.—
Es verdad... Y al acercarnos á casa hubiéramos visto humo... mucho humo...

HILDA.—
Humo nada más?

SOLNESS.—
Primeramente, es claro... Luego, acercándonos más, hubiéramos visto que la casa toda era presa de las llamas... He aquí cómo yo hubiese querido que sucediera.

HILDA.—
Dios mío! y porqué no fué así?

SOLNESS.—
Eso es, Hilda, porqué?

HILDA.—
Pero está V. bien seguro de que fué la grieta de la chimenea la causa del incendio?

SOLNESS.—
Oh! nada de eso; nada tuvo que ver el maldito agujero con el incendio, estoy segurísimo.

HILDA.—
Cómo?

SOLNESS.—
No cabe duda ninguna de que el fuego comenzó en un armario de ropa que estaba en el extremo opuesto de la casa.

HILDA.—

Entonces, porque me viene con ese cuento del agujero de la chimenea?

SOLNESS.—

Me permite V. llegar hasta el final, Hilda?

HILDA.—

Adelante, pero con la condición de que diga cosas razonables.

SOLNESS.—

Lo probaré. (*Acerca más su silla á la de Hilda.*)

HILDA.—

Hable V., pues.

SOLNESS.—

(*En tono confidencial.*) No cree V., como yo creo, que existen hómbres especiales, extraordinarios, que poseen la gracia, el poder, la facultad de desear, de ambicionar, de querer una cosa con tanta fuerza, con tan firme voluntad que acaban finalmente por obtenerla?

HILDA.—

(*Con mirada de iluminada.*) Si esto es verdad, se verá un día... si soy yo de los elegidos.

SOLNESS.—

Mas, por sí no pueden hacerse grandes cosas, oh, no. Se necesitan ayudan-

tes y servidores para llegar muy arriba... y esos nunca vienen por sí mismos. Es preciso llamarlos mucho y con insistencia... internamente, se entiende.

HILDA.—

Y qué ayudantes y servidores son estos?

SOLNESS.—

Luego se lo diré. Por ahora, hablemos tan sólo del incendio.

HILDA.—

Cree V. que el incendio no hubiera estallado, si no lo hubiese deseado con tanta fuerza?

SOLNESS.—

Si la casa hubiese sido del viejo Knut Brovik, no hubiera ardido jamás tan á propósito, pues ese nunca supo llamar á ayudantes y servidores. (*Se levanta muy agitado*) Ya ve V., pues, Hilda, que yo tuve la culpa de que los pequeñuelos perdieran la vida; como la tengo tambien de que Alina no haya sido jamás lo que ella hubiera querido ser!

HILDA.—

Pero, porque vinieron esos... ayudantes y servidores? Quien los llamó?

SOLNESS.—

Yo los llamé, yo mismo, y á mi voluntad sometiéronse todos. (*Con creciente agi-*

tación.) Y he aquí á lo que llama la gente «tener fortuna». Mas, ahora quiero decirle lo que se siente cuando se alcanza semejante fortuna... Es lo mismo que si tuviese abierta una llaga viva en el pecho; y los ayudantes y servidores van arrancando pedazos de piel de las otras gentes para cubrir mi llaga con ella! Sin embargo, mi llaga no se cura nunca, nunca!... Oh! si supiese V. de qué modo algunas veces siento arder la carne viva!

HILDA.—

(*Mirándole atentamente*). V. está enfermo, señor maestro, muy enfermo.

SOLNESS.—

Diga mejor que estoy loco... Eso es lo que piensa V.

HILDA.—

No, no me parece que tenga enfermo el espíritu.

SOLNESS.—

Pues qué?... Veamos.

HILDA.—

Quién sabe? Tal vez naciera V. ya con la conciencia débil.

SOLNESS.—

La conciencia débil? Qué nueva invención es esta?

HILDA.—

Quiero decir que su conciencia es tan sensible, tan delicada, que no puede resistir el menor choque, y es incapaz también de soportar el más pequeño peso.

SOLNESS.—

Bah! Y cómo debiera ser la conciencia, según V.? Me lo quiere decir?

HILDA.—

Yo desearía que su conciencia fuese... cómo lo diré?

SOLNESS.—

Ah, sí; robusta! Y V. la tiene muy robusta la conciencia? Dígame...

HILDA.—

Creo que sí. Al menos no he notado lo contrario hasta ahora.

SOLNESS.—

Será porque, según creo, no habrá debido pasar por grandes pruebas.

HILDA.—

(*Con fuerza*). Paréceme, sin embargo, que no ha sido una cosa tan sencilla abandonar á mi padre, á quien quiero mucho.

SOLNESS.—

Grande hazaña! Por un mes ó dos...

HILDA.—

Lo más probable será que no vuelva jamás á su lado.

SOLNESS.—

Jamás! Cuál ha sido entonces la causa...

HILDA.—

(*Entre seria y burlona*). Pues qué? Ha olvidado V. nuevamente que han pasado los diez años?

SOLNESS.—

Bah! diga mejor que en su casa no andarían las cosas muy bien!

HILDA.—

(*Muy seria*). Está aquí, en mi interior, lo que me arrojó de mi casa. Me sentí llamar, me sentí empujada hasta aquí. Oh! era una cosa por demás atrayente y seductora!

SOLNESS.—

(*Con viveza*). Eso! eso! En V. Hilda, hay una misteriosa fuerza, exactamente como en mi. Y esta fuerza misteriosa es la que mueve las potencias exteriores... Es preciso ceder á ella, quiérase ó no.

HILDA.—

Casi diría que tiene V. razón.

SOLNESS.—

(*Paseándose*). Oh! hay en este mundo, Hilda, muchos espíritus misteriosos á

quienes no vemos jamás. (*Se pára*). Sí, hay espíritus buenos y los hay malos; los hay que tienen cabellos rubios y otros negros. Si pudiésemos saber al menos con cuáles nos hemos de entender! (*Vuelve á andar*). Oh! entonces sería muy fácil arreglar la cosa!

HILDA.—

(*Siguiéndole con la mirada*). Si al menos se tuviese una conciencia fuerte y sana...

SOLNESS.—

(*Deteniéndose*). Yo creo que, respecto á esto, la mayoría de los hombres son tan débiles como yo lo soy.

HILDA.—

Podría ser.

SOLNESS.—

(*Apoyándose en la mesa*). En los libros de leyendas... Ha leído V. libros de leyendas?

HILDA.—

Oh! sí, en aquellos tiempos en que leía aun libros.

SOLNESS.—

En los libros de leyendas háblase de ciertos piratas, que hacían vela hacia países lejanos, saqueando é incendiando los pueblos y matando á los hombres ..

HILDA —

Y robando las mujeres. .

SOLNESS.—

Que guardaban prisioneras en sus barcos, y llevaban luego á sus casas, portándose como hombres realmente malos.

HILDA.—

(*Como abstraída*). Paréceme que debía ser aquello muy emocionante!

SOLNESS.—

(*Con sonrisa maliciosa*). Robar las mujeres, no es verdad?

HILDA.—

Ser robada!

SOLNESS —

(*Mirándola*). Oh! perfectamente!..

HILDA.—

(*Ansiosa*). Pero, á qué quiere venir á parar con sus piratas?

SOLNESS.—

Aquellos sí que tenían robusta la conciencia! Y al volver á sus casas, les quedaban aun fuerzas para comer y beber, y eran fáciles de contentar, como los niños. Y aquellas mujeres, luego, no querían abandonarles ya... Comprende V. esto, Hilda?

HILDA.—

Oh, sí, lo comprendo muy bien.

SOLNESS.—

Hubiera consentido V. en vivir con un hombre así, brutal, violento?

HILDA.—

Y si le hubiese llegado á amar...

SOLNESS.—

Podría V. amar á un hombre así?

HILDA.—

Oh! en amor no siempre se puede elegir.

SOLNESS.—

(*Mirándola pensativo*). Es verdad; esto depende de la fuerza misteriosa que hay en nosotros.

HILDA.—

(*Sonriendo*). Y de todos esos demonios que V. conoce tan bien, cuáles son mejores?... los rubios ó los morenos?

SOLNESS.—

(*Con penetrante dulzura*). Sólo deseo que... los mejores hagan para V. una buena elección.

HILDA.—

La elección hecha está, definitivamente.

SOLNESS.—

(*Mirándola*). Se parece V. mucho, Hilda, á los hermosos pájaros del bosque.

HILDA.—

Sin embargo, yo no llevo escondidas las garras.

SOLNESS.—

Oh! sí, en V. descúbrese algo del ave de rapiña.

HILDA.—

Esto más! (*Con violencia*). Bien, y por qué no? Porque no puedo buscar yo misma la presa que más me agrade? Si pudiese al menos atraparla con mis garras... ah! si pudiese...

SOLNESS.—

Hilda, sabe lo que es V.?

HILDA.—

Sí, una especie de pájaro muy extraño.

SOLNESS.—

No, sino un día naciente... Cuando la miro, paréceme que estoy viendo salir el sol.

HILDA.—

Diga, señor maestro, está bien seguro de no haberme llamado nunca... en lo íntimo de su pensamiento?

SOLNESS.—

(*Con pausa y á media voz*). Casi diría que sí lo he hecho.

HILDA.—

Qué quería de mí?

SOLNESS.—

V. es la juventud, Hilda.

HILDA.—

La juventud que le causa tanto miedo?

SOLNESS.—

(*Hace ligeramente que «si» con la cabeza*). Y sin embargo, en el fondo yo aspiro á la juventud. (*Hilda se levanta, y toma la carpeta de encima de la mesita*).

HILDA.—

Estos son, pues, los dibujos...

SOLNESS.—

(*Bruscamente*) Déjelos... los he visto ya.

HILDA.—

Sí; pero, ha de escribir V. algo en ellos.

SOLNESS.—

Oh! no, jamás!

HILDA.—

Pero, no vé que aquel pobre viejo está muriéndose! Por qué no darles ese gusto á él y á su hijo, antes que se separen para siempre? Además, tal vez esos planos le servirían para levantar una casa. Quién sabe?

SOLNESS.—

Ya lo creo! Es claro que se serviría de esos planos para la ocasión que ha sabido prepararse... ese señor.

HILDA.—

Pues, si es así, por qué no puede V. decir una mentira?

SOLNESS.—

(Con vehemencia) Que yo mienta!

HILDA.—

(Dejando la carpeta) Vaya! no quiera V. morderme por eso. Y habla V. de potencias misteriosas? Paréceme que V. se porta como si fuese una de esas potencias... (*mirando en torno*) Dónde tiene pluma y tinta?

SOLNESS.—

Aquí no hay.

HILDA —

(Dirigiéndose hacia la puerta) Pero, allá, en el despacho encontraré.

SOLNESS.—

No se mueva, Hilda... Dice V. que yo debiera mentir. Es verdad, por el viejo debería hacerlo, porque yo le vencí, yo le aterré.

HILDA.—

Como á los demás?

SOLNESS.—

Me faltaba espacio... Pero no conviene de ningún modo que Ragnar se salga con la suya.

Hilda —

Pobre joven, no se saldrá, ciertamente, si no sirve para nada...

Solness.—

(Se acerca á ella y la mira murmurando) Si el joven Ragnar Brovik llegase á triunfar me aterraría á mí, me vencería... El haría conmigo lo que yo hice con su padre.

Hilda.—

Vencería? Es capaz de eso?

Solness.—

Oh! sí, esté de ello segura. Posee la juventud, la juventud que va á llamar á mi puerta para acabar de una vez con el gran constructor Solness.

Hilda.—

(Despreciativamente.) Y por esto quisiera V. cerrarle el camino. Avergüéncese, señor Solness!

Solness.—

Yo pagué mi triunfo con mi propia sangre. Además, temo perder con Ragnar á mis ayudantes y servidores.

Hilda.—

Bien; trabajará solo... No hay otro remedio.

Solness.—

Será en vano, Hilda. El cambio de for-

tuna ha de venir forzosamente; poco importa que sea antes ó después. La expiación es inevitable. Créalo!

HILDA.—

(Con angustia, tapándose las orejas) No hable así! O es que quiere matarme, privándome de lo que amo más que la propia vida?

SOLNESS.—

Qué es?

HILDA.—

Verle á V. muy grande, con una corona en la mano, muy alto, muy alto... en lo más alto de una torre... Y ahora... Tiene V. un lápiz?

SOLNESS.—

(Sacando una cartera) Aquí tiene V. uno.

HILDA.—

(Dejando la cartera sobre la mesa delante del sofá) Bien; siéntese ahora. *(Solness lo hace donde le indica, y Hilda se queda detrás, apoyándose en el respaldo de la silla).* Escriba, pero algo amable, afectuoso,.. Puesto que ese antipático Roal... no es así como se llama?

SOLNESS.—

(Escribe algunas palabras, luego levanta la cabeza y mira á Hilda) Diga V., Hilda...

HILDA.—

Qué?

SOLNESS.—

Durante los diez años que ha estado V. esperando...

HILDA.—

Qué?

SOLNESS.—

Por qué no me ha escrito? Le hubiera contestado.

HILDA.—

(*Rápidamente*) No, no, no!

SOLNESS.—

Por qué?

HILDA —

Hubiera podido echar mis planes por tierra... Pero, se trata ahora de que escriba algo aquí...

SOLNESS.—

Es verdad...

HILDA.—

(*Mirándole escribir*) Escriba de buena gana, con todo su corazón. Oh! como le detesto á ese Roal.

SOLNESS.—

(*Escribiendo*) No ha amado V. nunca?

HILDA.—

(*Con dureza*) Qué dice?

Solness.—

Le pregunto si ha amado V. á alguien.

Hilda.—

A algún otro, querrá decir.

Solness.—

(*Mirándola)* Eso es, á algun otro...

Hilda.—

Oh! sí, una vez que estaba enfadada con V. porque no venía.

Solness —

De modo que ha amado V. á otro?

Hilda.—

Un poquitín .. quince días. Bien sabe V. como van esas cosas.

Solness.—

Hilda... por qué ha venido?

Hilda.—

No perdamos el tiempo en charlas. Aquel pobre viejo quizá esté muriéndose ahora.

Solness.—

Responda Hilda, qué quiere de mí?

Hilda.—

Quiero mi reino.

Solness.—

Bah!... (*Mira disimuladamente hacia la puerta de la izquierda y sigue escribiendo. En el mismo momento entra la señora Solness llevando algunos paquetes*).

ESCENA VI

Dichos y la Sra. SOLNESS.

SRA. SOLNESS.—

He traído algunas cosillas para V., señorita Wangel. Los paquetes grandes los traerán más tarde.

HILDA.—

Oh! cuán amable es V., señora Solness.

SRA. SOLNESS.—

He cumplido sencillamente con mi deber, y nada más.

SOLNESS.—

(*Después de leer lo que acaba de escribir*). Alina!

SRA. SOLNESS —

Qué quieres?

SOLNESS.—

Has visto si ella... Kaia, estaba allá?

SRA. SOLNESS.—

Está, sí; naturalmente.

SOLNESS.—

(*Metiendo los dibujos en la carpeta*). Bien...

SRA. SOLNESS.—

Estaba en el escritorio, como siempre, cuando yo atravesé la sala.

SOLNESS —

(*Alzándose*). Siendo así, voy á darle esto y...

HILDA.—

(*Cogiéndole la carpeta*). Oh! no; déjeme á mí este placer. (*Va hacia la puerta, y antes de abrirla se vuelve*). Cómo se llama?

SOLNESS.—

Fosli.

HILDA.—

Oh! no, es demasiado frío así.

SOLNESS.—

Llámela, entonces, señorita Kaia.

HILDA.—

(*Abriendo la puerta y llamando*). Señorita Kaia, venga aquí, pronto... El señor Solness quiere hablar con V. (*Aparece Kaia en la puerta*).

ESCENA VII

Dichos y KAIA.

KAIA.—

(*Mirando á Solness con timidez*). Aquí estoy.

HILDA.—

(*Entregándole la carpeta*). Kaia, tome

esto... El señor Solness ha escrito aquí lo que V. tanto deseaba.

KAIA.—

Oh! Por fin...

SOLNESS.—

Enséñeselo al viejo lo más pronto que pueda.

KAIA.—

Voy ahora mismo á casa.

SOLNESS.—

Sí, sí; y Ragnar podrá ya construir por su cuenta.

KAIA.—

Permita V. que venga él mismo á darle las gracias...

SOLNESS.—

(*Con dureza*). No lo quiero de ningun modo .. dígaselo así de parte mía.

KAIA.—

Pero, si yo...

SOLNESS.—

Y dígale también que de hoy en adelante ya no le necesito, y á V. tampoco.

KAIA.—

(Con pausa y temblorosa voz). Tampoco á mí!...

Solness.—

En otras cosas deberá V. ocuparse ahora, y todo sea para bien de todos. Con que, váyase á casa con los planos, señorita Fosli, y pronto, lo ha entendido?

Kaia —

(*Como antes*). Sí, señor Solness... *(Sale)*.

ESCENA VIII

SOLNESS, SRA. SOLNESS Y HILDA

Sra. Solness.—

Dios mío, vaya un aire de tontuna que tiene esa muchacha.

Solness.—

Pobre niña!

Sra. Solness.—

Es verdad lo que he oído, Halvard? Así les despides?

Solness.—

Sí.

Sra. Solness.—

También á ella?

Solness.—

No lo querías tú?

Sra. Solness.—

Pero como lo harás sin élla? Segura-

mente tendrás ya con quien reemplazarla, Halvard.

Hilda.—

(Con ironía). Si habla por mí, le diré que no sirvo para estar en el escritorio.

Solness.—

Todo se arreglará, Alina... Ahora conviene que ultimemos... Esta tarde se ha de colgar la corona en la casa nueva... *(Volviéndose hacia Hilda)* en lo más alto de la torre. Que le parece á V., señorita Hilda?

Hilda.—

(Mirándole con radiante alegría). Que será un espectáculo hermoso volverle á ver á V. á tanta altura!

Solness.—

A mí!

Sra. Solness.—

Por Dios, señorita Wangel... Vaya una idea! Que mi marido suba á lo alto de la torre, padeciendo tanto de vértigos!

Hilda.—

Vértigos!... No, es imposible.

Sra. Solness.—

Yo le digo que sí, señorita.

Hilda.—

Pero si yo misma le he visto allá arriba, allá arriba... en la cima de una torre altísima.

Sra. Solness.—

Así me lo dijeron. Pero, no es posible hoy...

Solness.—

(Con violencia). Imposible, imposible! Pero esto no impedirá que yo suba.

Sra. Solness.—

Pero, como puedes tú decir una cosa semejante, Halvard, si apenas te atreves á asomarte á un balcón, y has sido siempre lo mismo.

Solness.—

Pues, podrá ser que esta tarde tengas una sorpresa.

Sra. Solness.—

(Con angustia). No, no, no!... Dios me guarde. Escribiré al Doctor; él sabrá disuadirte de esa idea.

Solness.—

Pero, Alina. .

Sra. Solness.—

Oh! sí, porque tú estás enfermo, Halvard, no puede ser otra cosa... Dios mío!... Dios mío!... (*Sale deprisa por la derecha*).

ESCENA IX

SOLNESS Y HILDA

HILDA.—

(*Mirándole fijamente*). Es verdad, ó no?

SOLNESS.—

Que sufro de vértigos?

HILDA.—

Que... *mi* constructor no se atreve... que no es capaz de subir á lo alto de las torres que construye?

SOLNESS.—

Así aprecia V. la cosa?

HILDA.—

Así.

SOLNESS.—

Pues le diré que no se le escapa nada... ni siquiera lo que está más hondo en mi conciencia.

HILDA.—

(*Mirando hacia la ventana*). Allá arriba, allá arriba... en lo más alto...

SOLNESS.—

(*Acercándose*). Allá arriba... en lo más alto de la torre, podría habitar V., Hilda... Viviría allí como una princesa.

HILDA.—

(Entre seria y burlona). Realmente, sí; esto es lo que me había V. prometido.

SOLNESS.—

De veras se lo prometí?

HILDA.—

Lo duda? Me dijo que yo sería princesa, que me daría un reino... Y ahora... oh!

SOLNESS.—

(Mirándola atentamente). Está bien segura de que no fué un sueño, una alucinación?

HILDA.—

(Provocativa). Qué!... No fué como digo?

SOLNESS.—

No lo sé... *(Con pausa)*. Lo único que sé en este momento es que...

HILDA.—

Diga, pronto.

SOLNESS —

Que si no lo hice... debí hacerlo!

HILDA.—

(Con fuerza). No, no! El constructor Solness no padece de vértigos!

SOLNESS.—

Esta tarde, pues, colgaremos la corona... princesa Hilda.

HILDA.—

(*Como antes*). En lo más alto de la nueva morada.

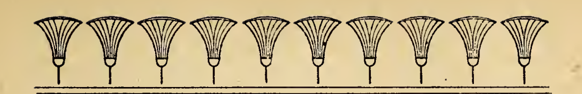
SOLNESS.—

En lo más alto del nuevo edificio... una morada no lo será jamás. (*Sale por la puerta del jardin*).

HILDA.—

(*Quédase un momento mirando fijamente á un punto, como abstraída, y luego murmura muy bajo algunas palabras, oyéndose unicamente las finales*)... terriblemente emocionante!

TELÓN



ACTO TERCERO

La escena representa una gran terraza en casa de Solness, viéndose á la izquierda una parte de la casa, con una puerta. A la derecha una gran balaustrada. Desde la terraza se desciende al jardín por una escalera; en el jardín se alzan arboles centenarios que inclinan su ramaje por encima de la terraza, y por entre ellos se ve una parte de la casa nueva, rodeada la torre de andamios todavía. Hacia el fondo se ve la cerca del jardín, y de la otra parte una calle de casitas bajas y muy viejas. Es al caer de la tarde, y se ve el cielo iluminado por los rayos del sol poniente. Adosado al muro de la casa un largo banco y delante una mesa larga también; junto á esta mesa un sillón de mimbres y algunos taburetes rústicos. La SRA. SOLNESS, envuelta en un gran chal blanco, está sentada en el sillón, mirando con fijeza hacia la derecha. Al cabo de un rato entra HILDA, subiendo la escalera del jardín. Va vestida como en el acto anterior y lleva puesto el sombrero. Prendido en el pecho un ramito de flores campestres.

ESCENA PRIMERA

SRA. SOLNESS.—

(*Volviendo un poco la cabeza*). Estaba V. en el jardín, señorita Wangel?

HILDA.—

Sí, y lo he recorrido del uno al otro extremo.

SRA. SOLNESS.—

Y hasta, por lo que veo, ha cogido V. flores.

HILDA.—

Ciertamente; hay tantas y tan hermosas!

SRA. SOLNESS.—

De veras?... Yo no bajo casi nunca al jardín.

HILDA.—

Oh, pues, yo en su lugar, me estaría en él todo el día, corriendo...

SRA. SOLNESS.—

(*Sonrie*) Hace ya mucho tiempo que no puedo correr.

HILDA.—

Pero, al menos bajará al jardín alguna que otra vez para admirar tanta belleza... Es un gran consuelo!

SRA. SOLNESS.—

Todo eso ha cambiado mucho para mí... Y casi me dá miedo ahora lo que antes me alegraba.

HILDA.—

Le espanta su jardín!

SRA. SOLNESS.—

Para mí, es ya como si no fuese mío.

HILDA.—

Cómo es eso?

SRA. SOLNESS.—

No lo sé... No es cómo era cuando vivían mi padre y mi madre. No puede V. figurarse, señorita Wangel, cómo ha cambiado desde entonces el jardín! No queda casi nada .. Se han construído en él casas para gente extraña, á quienes no conozco, y que desde sus ventanas pueden verme aquí...

HILDA.—

(*Iluminado el rostro*). Señora Solness!...

SRA. SOLNESS.—

Qué desea?

HILDA.—

Me permite que le haga un rato de compañía?

SRA. SOLNESS.—

Con mucho gusto, si eso le ha de agradar...

HILDA.—

(*Acerca un taburete al sillón y se sienta*) Ah! aquí se está bien; al sol... lo mismo que los gatos.

SRA. SOLNESS.—

(*Poniéndole una mano en el hombro*). Oh! cuanto le agradezco que se quede aquí un rato conmigo. Creí que iría V. á ver á mi marido.

HILDA —

Para qué?

SRA. SOLNESS.—

Para ayudarle.

HILDA.—

Oh, no! Además, no está en casa... Está allá, con los obreros... Tenía, cuando le ví, hace poco, una apariencia tan orgullosa que no me atreví á hablarle.

SRA. SOLNESS —

No haga caso; en el fondo es bueno, y muy blando de corazón.

HILDA.—

El maestro Solness?

SRA. SOLNESS.—

Oh! si, no le conoce V. bien, todavía.

HILDA.—

(*Mirándola*). Está V. contenta de irse á vivir en la casa nueva?

SRA. SOLNESS.—

Debiera estarlo, por que así Halvard lo desea.

HILDA —

No lo entiendo yo del mismo modo

SRA. SOLNESS.—

Oh! sí, señorita Wangel. Mi deber está en hacer siempre la voluntad de mi marido. No obstante, algunas veces es muy difícil obedecerle.

HILDA.—

En efecto, ha de ser muy difícil.

SRA. SOLNESS.—

Puede creerlo.

HILDA.—

Cuánto ha sufrido V!

SRA. SOLNESS.—

Cómo lo sabe?

HILDA.—

Me lo ha contado el señor Solness.

SRA. SOLNESS.—

Conmigo habla muy raramente de estas cosas. Oh! sí, señorita, he sufrido mucho durante mi vida...

HILDA.—

(*Mirándola compasivamente*). Pobre señora Solness. Primero el incendio...

SRA. SOLNESS.—

(*Suspirando*). Que lo destruyó todo.

HILDA.—

Y luego algo peor todavía...

SRA SOLNESS.—

Algo peor, dice?

HILDA.—

El más grande de los dolores.

SRA. SOLNESS.—

Cuál?

HILDA.—

La pérdida de los dos angelitos.

SRA. SOLNESS.—

Ah! sí; pero aquello fué una cosa muy distinta... aquello fué voluntad del cielo, y ante ella es preciso inclinarse y dar gracias á Dios.

HILDA.—

V. lo ha hecho?

SRA. SOLNESS.—

No siempre, como debía. Sé muy bien que ese era mi deber; pero no siempre lo supe cumplir.

HILDA.—

Y es natural.

SRA. SOLNESS.—

Algunas veces me he dicho á mí misma que tal vez fué aquello justo castigo..

HILDA.—

Por qué?

SRA. SOLNESS.—

Por no haber sido bastante fuerte para soportar la desgracia...

HILDA.—

Pues, no comprendo...

SRA. SOLNESS.—

Bah! dejémoslo, señorita Wangel. No hablemos más de los dos angelitos. No pensemos mas que en su felicidad.... y ellos son muy felices, oh! sí, tan felices como se pueda desear... No, no la pérdida de las cosas pequeñas de la vida, las nimiedades, esto es lo que daña más al corazón... la pérdida de aquello que para los demás es pura tontería, al paso que para nosotros...

HILDA.—

(*Cruzando los brazos sobre las rodillas, y mirándola afectuosamente*). Oh, siéntese, siéntese, querida Sra. Solness...

SRA. SOLNESS.—

Lo repito, nada más que tonterías... Los retratos colgados en las paredes... Los antiguos vestidos de seda que Dios sabe de cuantos siglos pertenecían á la familia... Los bordados hechos por mi

madre y mi abuela... Todo, todo se perdió en un momento, hasta las joyas... Todo lo antiguo... Los recuerdos... *(Suspirando)*. Y las muñecas también!

HILDA.—

Las muñecas?

SRA. SOLNESS.—

(*Llorando*). Nueve tenía... y muy hermosas!

HILDA.—

Y se quemaron todas?

SRA. SOLNESS.—

Todas, todas. Oh, fué para mí un dolor muy grande, muy grande.

HILDA.—

De veras? Las conservaba de cuando niña?

SRA. SOLNESS —

Conservado precisamente, no, pues habían vivido siempre conmigo... No las abandoné jamás.

HILDA.—

Ni aun cuando fué ya grande?

SRA. SOLNESS —

Ni entonces... ni mucho después.

HILDA.—

Aun después de casada?

Sra. Solness.—

Ya lo creo, y jugaba con ellas, cuando no estaba mi marido. Pero todas se quemaron, todas, las pobres! Nadie se preocupó de salvarlas... No, no se ría de mí, señorita Wangel.

Hilda.—

No me río, no.

Sra. Solness.—

Eran para mí lo mismo que criaturas vivas... *(Aparece el Doctor en la puerta de la casa, con el sombrero en la mano)*.

ESCENA II

Dichas y el DOCTOR

Doctor.—

Cómo, señora, quiere V. resfriarse, sentada ahí fuera?

Sra. Solness.—

El día ha sido hermoso y templado.

Doctor.—

Es verdad... Pero qué pasa aquí? He recibido un billete...

Sra. Solness.—

Sí, he de hablar con V.

Doctor.—

Muy bien. Entonces, será mejor que

entremos. (*A Hilda*). También hoy en traje de *touriste*, señorita?

HILDA.—

(Se levanta alegremente). Es el traje más elegante... aunque hoy no he de salir á correr mundo. Hoy estaremos aquí los dos juntitos, señor Doctor, para gozar del hermoso espectáculo...

DOCTOR.—

Qué espectáculo?

SRA. SOLNESS.—

(*Suplicando á Hilda en voz baja*). Calle, calle por amor de Dios! Viene mi marido... Intente sacarle de la cabeza tan loca idea... Oh! V. lo puede hacer. Y seamos buenas amigas, señorita Wangel; que bien lo podemos ser!

HILDA.—

(La abraza impetuosamente). Oh! sí.

SRA. SOLNESS.—

(Dulcemente). Bien, bien... aquí está. Señor Doctor, entremos en casa; he de hablarle.

DOCTOR —

De Halvard?

SRA. SOLNESS.—

De Halvard, si. Vamos. *(Salen; al cabo de un rato, aparece Solness subiendo la escalera del jardín. Hilda está muy seria)*.

ESCENA III

HILDA y SOLNESS

SOLNESS.—

(*Mirando hacia la puerta de la casa, que acaba de cerrarse*). No ha observado, Hilda, que mi mujer se marcha apenas yo me acerco?

HILDA.—

He observado también que V. le causa á su mujer un miedo inmenso.

SOLNESS.—

Lo sé, pero yo no lo puedo remediar. (*Mirándola atentamente*). Tiene V. frío, Hilda?... Diríase que no se siente V. bien, á juzgar por su aspecto...

HILDA.—

(*Lentamente*). Vengo ahora mismo de una tumba.

SOLNESS.—

Qué quiere decir?

HILDA.—

Que he tenido grandes escalofríos, señor Solness.

SOLNESS.—

Creo comprenderla.

Hilda.—

Qué viene á hacer aquí?

Solness.—

Vengo porque, desde lejos, la he visto á V.

Hilda.—

Entonces, ha visto también á la señora Alina.

Solness.—

Sabía ya que se marcharía apenas yo me acercase.

Hilda.—

No le apena que huya siempre de V.?

Solness.—

Antes al contrario, me es un consuelo ..

Hilda.—

No tenerla constantemente delante.

Solness.—

Eso es.

Hilda.—

Para no verla á todas horas apenada por el recuerdo de sus grandes dolores, por el recuerdo de la muerte de sus hijos ..

Solness.—

Por eso especialmente. (*Hilda se pasea por la escena algo agitada, con las manos*

á la espalda, y por fin se detiene junto á la baranda mirando hacia el jardín). Ha hablado largamente con ella? (*Hilda no se mueve ni contesta*). Le pregunto si ha hablado mucho con mi mujer... (*Hilda permanece inmóvil*). Y... de qué han hablado, Hilda? (*Esta continúa lo mismo*). Pobre Alina, de seguro que no le ha hablado más que de aquellos dos pobres angelitos! (*Hilda hace un movimiento de sobresalto; luego mueve dos ó tres veces la cabeza, como diciendo que «sí»*). No los olvidará nunca, oh! nunca! (*Se acerca á Hilda*). Ya se ha quedado V. inmóvil como una estátua, igual que anoche.

HILDA.—

(*Se vuelve y se queda un rato mirando frente á frente á Solness*). Me marcho.

SOLNESS.—

(*Con voz baja*). Se marcha?

HILDA —

Sí.

SOLNESS.—

Yo se lo prohibo.

HILDA.—

Qué tengo ya que hacer aquí?

SOLNESS.—

No abandonarme, Hilda, estar cerca de mí... Eso!

HILDA.—

Gracias, pero *eso* no me conviene.

SOLNESS.—

(*Rápidamente*). Tanto mejor!

HILDA.—

(*Agitada*). No puedo causar daño á una persona que conozco. No puedo robar á nadie lo que es muy suyo!

SOLNESS.—

Quien le dice que haga cosa semejante?

HILDA.—

(*Como continuando lo que antes decía*). Con una persona extraña sería distinto. Si no la hubiese visto nunca!.. Pero con una persona en cuya casa habito! No, no!.. jamás.

SOLNESS.—

Está bien; yo nunca he pensado lo contrario.

HILDA.—

Oh, maestro Solness, V. sabe muy bien como acabaría todo eso .. He aquí porque me marcho.

SOLNESS.—

Y qué será de mí cuando se halle V. muy lejos? Qué haré yo de mi vida... sin V.?

HILDA.—

(*Con una mirada indefinible*). Oh, V!...

V. tiene deberes que cumplir con su mujer. Viva por... esos deberes!

SOLNESS.—

Es demasiado tarde. Esta fuerza misteriosa... esta... esta...

HILDA.—

Estos demonios...

SOLNESS.—

Sí, estos espíritus malignos han chupado toda la sangre de sus venas... (*Con sonrisa de desesperación*) Y he aquí porque soy afortunado. Sí, sí!.. Mi Alina murió, murió por causa mía, y ahora yo he de vivir encadenado á una muerta... (*Con fuerte terror*). Y yo no puedo vivir, no puedo vivir sin alegrías! (*Hilda se sienta y, poniendo los codos sobre la mesa, coloca la cabeza entre las manos*).

HILDA.—

(*Mira á Solness un instante*). Y qué piensa construir ahora?

SOLNESS.—

(*Moviendo la cabeza*). No creo que haga grandes cosas de hoy en adelante.

HILDA —

Porqué no construye una de aquellas casas, en que pueden vivir felices y alegres el padre, la madre y los hijos?

SOLNESS.—

Quién sabe?..

HILDA.—

Pobre maestro! Y ha trabajado y creado tanto con riesgo de su propia vida, durante diez años, sólo para venir á parar á esto?

SOLNESS.—

Verdad es, Hilda.

HILDA.—

(Con fuerza). Oh! pues, á mí paréceme chocante, extraño, absurdo todo eso!

SOLNESS.—

Todo eso, qué?

HILDA.—

Que no se atreva uno á extender la mano para atrapar la propia felicidad... sólo porque está de por medio una persona á quien se conoce y se habla!

SOLNESS.—

Pero de la que no podemos... no debemos prescindir.

HILDA.—

Quien sabe si, en el fondo, tenemos ó no este derecho! Pero, en fin... Oh! si todo eso lo pudiéramos olvidar como en los sueños! (*Extiende los brazos sobre la mesa, apoya en ellos la cabeza y cierra los ojos*).

Solness.—

(*Se sienta cerca de la mesa*). Conoció V. la paz, la felicidad... allá... en casa de su padre?

Hilda.—

(*Inmóvil y hablando como en sueños*). Estaba como en una jaula.

Solness.—

Y no quiere volver á ella?

Hilda.—

(*Como antes*). El ave de los bosques no puede vivir enjaulada.

Solness.—

Es verdad, el ave de los bosques prefiere vivir en el aire, libremente.

Hilda.—

(*También como antes*). El ave de los bosques ama el aire libre, por encima de todas las cosas.

Solness.—

(*Mirándola*). Oh! si pudiese uno tener el ardimiento, el desprecio á la muerte de aquellos piratas de la leyenda...

Hilda.—

(*Sin moverse abre los ojos y habla con su voz natural*) Otra cosa se necesita aún...

Solness.—

Una conciencia robusta. (*Hilda se pone

en pie, y vuelve á lucir en sus ojos la alegre mirada de siempre).

HILDA.—

Ya sé qué es lo que va á construir, ahora.

SOLNESS.—

Entonces, Hilda, sabe V. más quo yo.

HILDA.—

Oh! lo creo; es tan extraño V.!

SOLNESS.—

Qué será? Dígamelo.

HILDA.—

(*Inclinando la cabeza hacia Solness*). El castillo!

SOLNESS.—

Qué castillo?

HILDA.—

El mío... Mi castillo.

SOLNESS.—

Quiere ahora un castillo?

HILDA.—

No me debe V. un reino?

SOLNESS —

V. lo dice...

HILDA.—

Pues, quien posee un reino, menester es que tenga un castillo, no es verdad?

SOLNESS.—

(*Animándose*). En efecto, así es.

HILDA.—

Pues, bien; V. lo levantará... Pronto!

SOLNESS.—

(*Sonriendo*). Cómo, así?... Sobre los dos piés?

HILDA.—

Los diez años han pasado ya, y yo no quiere aguardar más. lo entiende? Quiero mi castillo, ahora mismo!

SOLNESS —

Es verdad que con V. no valen razones, Hilda. Cuándo algo se le debe...

HILDA.—

Debía haberlo pensado antes. Ahora es ya demasiado tarde! (*Golpeando la mesa con los dedos*). Venga el castillo, es mío! Lo quiero!

SOLNESS.—

(*En tono más serio é inclinando la cabeza hacia Hilda*). Veamos, cómo se lo ha imaginado V. este castillo, Hilda?

HILDA.—

(*Después de una pausa y hablando lentamente*). Mi castillo se ha de levantar sobre una montaña muy alta, muy alta... de una altura vertiginosa. Quiero que desde él, la mirada lo domine todo, todo

absolutamente... Quiero ver muy lejos, muy lejos...

SOLNESS.—

Y, naturalmente, ha de estar flanqueado por una torre altísima.

HILDA.—

De una altura terrible, espantosa... Y allá, en lo más alto de la torre, quiero un balcón, desde el cual pueda ver el mundo entero...

SOLNESS.—

(Frotándose involuntariamente la frente con la mano). Y á tan vertiginosas alturas, encontrará V. un gran placer, Hilda?..

HILDA.—

Oh! sí; qniero ver desde allá arriba á todos los que construyen iglesias... y también á los que levantan casas para padres é hijos, para esposos y hermanos .. Quiero dominarlo todo, dominarlo... Y podrá V. subir allá arriba, y dominará también.

SOLNESS.—

Le será permitido al constructor subir hasta besar los pies de la princesa?

HILDA —

Subirá... siempre que él lo quiera.

SOLNESS —

Siendo así, creo que lo querrá.

HILDA.—

Sí... el constructor lo querrá.

SOLNESS.—

Pero, luego dejará ya de construir... el mísero constructor.

HILDA.—

(*Con vivacidad*). Entonces construiremos juntos lo que hay de más hermoso en el mundo.

SOLNESS.—

(*Como fascinado*). Hilda... y esto qué es?

HILDA.—

(*Moviendo la cabeza é imitando el hablar de una niña*). No lo comprende?.. Oh! pues esos constructores son muy... chocantes!

SOLNESS.—

Lo sé, lo sé... Pero, dígame qué es eso que construiremos los dos juntos?

HILDA.—

(*Después de una pausa*). Castillos en el aire!

SOLNESS.—

Castillos en el aire?

HILDA.—

(*Con acento burlón*). Si, castillos en el aire, sí. No sabe lo que es eso?

SOLNESS.—
Ha dicho V. que era ló más hermoso del mundo.

HILDA.—
(*Se levanta y con acento desdeñoso*). Ciertamente que lo es... Los castillos en el aire son muy accesibles para todos y facilísimos de levantar. (*Mirándole con sorna*). Especialmente para los constructores que tienen la conciencia sujeta á vértigos.

SOLNESS.—
(*Se levanta*). De hoy en adelante construiremos juntos, Hilda...

HILDA.—
(*Con sonrisa de incredulidad*). Un gran castillo en el aire?

SOLNESS.—
Sí, pero con cimientos de granito. *(Entra Ragnar por la puerta de la casa, llevando una gran corona de hojas y flores con lazos de seda)*

ESCENA IV

Dichos y RAGNAR

HILDA.—
(Con alegría). La corona! Oh! qué hermosa es.

SOLNESS.—

(*Sorprendido*). Por qué trae V. esa corona, Ragnar?

RAGNAR.—

La tenía prometida al capataz.

SOLNESS.—

(*Más sosegado*). Y su padre, va mejor?

RAGNAR.—

No.

SOLNESS.—

No le han dado algún consuelo mis palabras escritas?...

RAGNAR.—

Llegaron demasiado tarde.

SOLNESS.—

Demasiado tarde?

RAGNAR.—

Cuando vino Kaia con los dibujos había perdido ya el conocimiento.

SOLNESS.—

Entonces, porque le abandona, ahora? Vuelva V. á su lado!

RAGNAR.—

Mi padre ya no me necesita.

SOLNESS.—

Aun siendo así, debiera V. estar con él.

RAGNAR.—

Ya está ella junto á su lecho.

SOLNESS.—

(Vacilante). Quien?... Kaia?

RAGNAR.—

(Mirándole fijamente). Sí. Kaia.

SOLNESS —

Vuélvase á casa y no les abandone, Ragnar...

RAGNAR.

(Conteniendo una sonrisa burlona). Pero, ciertamente no será V. quien...

SOLNESS.—

Yo mismo la he de colocar en lo más alto de la torre. *(Toma la corona)*. Y ahora, váyase á casa. Hoy nó le necesito para nada.

RAGNAR.—

Ya sé que no me necesitará más; pero hoy quiero quedarme todavía.

SOLNESS.—

Quédese, si así lo quiere de todas maneras.

HILDA.—

(Junto á la baranda). Desde aquí, maestro Solness, le veré á V. subir...

SOLNESS.—

Pero...

HILDA.—

Oh! será un espectáculo terriblemente emocionante!

SOLNESS.—
(*Con voz muy concentrada* . Más tarde hablaremos de eso, Hilda! (*Baja la escalera del jardín, llevando la corona*).

ESCENA V

HILDA y RAGNAR

HILDA.—
(*Le sigue con la mirada y luego se vuelve á Ragnar*). Me parece que le hubiera V. podido dar las gracias.

RAGNAR.—
Yo darle las gracias... á él?

HILDA.—
Cierto que debiera V. haberlo hecho.

RAGNAR.—
Antes debiera dárselas á V., señorita.

HILDA.—
Porqué?

RAGNAR.—
(*Sin contestar á la pregunta de la joven*). Pero, guárdese V. de él; V. no le conoce bien, todavía.

HILDA.—
(*Con fuerza*). Oh! le conozco perfectamente.

RAGNAR —

(*Con amarga sonrisa*). Darle las gracias? Estar agradecido á quien me tuvo en la oscuridad durante tantos años, que ha hecho dudar de mí á mi propio padre, acortándole la vida!.. Que me ha hecho dudar de mí á mí mismo, y todo eso para...

HILDA —

Para qué?.. Diga.

RAGNAR.—

Para tenerla siempre cerca, á su lado..

HILDA —

(*Acercándosele*). La señorita... Kaia?

RAGNAR.—

Sí.

HILDA.—

(*Amenazándole con el puño cerrado*) No es verdad; V. le calumnia!

RAGNAR.—

Tampoco yo quería creerlo; pero ella misma me lo ha confesado hoy.

HILDA.—

(*Como antes*). Y qué le ha dicho? Quiero saberlo todo, enseguida!

RAGNAR.—

Me ha dicho que le había hecho perder la cabeza, que se había apoderado de todos sus pensamientos, que no podrá

abandonarle jamás, y que volverá aquí, á su lado.

Hilda.—

(*Con fuego en los ojos*). No tiene esa mujer derecho...

Ragnar.—

(*Con intención*). Quién lo impedirá?

Hilda.—

El mismo... si otros no.

Ragnar.—

Oh, sí; lo comprendo todo... ahora...

Hilda.—

V. no comprende nada. Yo se lo diré porqué guardaba cerca de sí á aquella señorita.

Ragnar.—

Porqué?

Hilda.—

Por no perderle á V.!

Ragnar.—

Se lo ha dicho él?

Hilda.—

No, pero es verdad. (*Con rabia*). Yo quiero... quiero que sea verdad.

Ragnar.—

Y apenas ha llegado V. aquí la ha despedido...

HILDA.—

No; le ha despedido á V... á V.!

RAGNAR.—

(*Pensativo*). Habrá tenido miedo de mí, secretamente, durante ese tiempo?

HILDA.—

El maestro tener miedo?... Es muy presuntuoso V.

RAGNAR.—

Oh! seguramente que descubriría en mí algún mérito... En cuanto al miedo, ciertamente que lo podía tener.

HILDA.—

Miedoso el maestro? Bah!

RAGNAR.—

Es como se lo digo. Este constructor que no temió destruir la felicidad de los demás, portándose conmigo y con mi padre como lo ha hecho... tiene miedo de subirse á un andamio. Oh! á esto no se atreverá jamás!

HILDA.—

Ah! debiera V. haberle visto á la altura en que le he visto yo. Casi tocando las nubes! Era cosa para dar vértigos á cualquiera...

RAGNAR.—

V. ha visto eso?

HILDA.—

Sí, yo le he visto subir allá arriba, y mantenerse en lo más alto de la torre de una iglesia, arrogante y firme, en medio de la inmensidad de los espacios...

RAGNAR.—

En efecto; sé que lo hizo una vez en su vida; pero una sola vez se atrevió. Mucho se habló de aquel hecho entre nosotros jóvenes. Pero, por nada del mundo lo haría otra vez.

HILDA.—

Pues, hoy subirá nuevamente...

RAGNAR.—

(*Con ironía*). Sí? Lo veremos.

HILDA.—

Lo veremos.

RAGNAR.—

Oh! nunca!

HILDA.—

Yo quiero verlo! Quiero verlo, y será!

RAGNAR.—

V. verá como no se atreve. Tiene miedo... el gran constructor Solness! *(Entra la señora Solness por la puerta de la casa.)*

ESCENA VI

Dichos y SRA. SOLNESS

SRA. SOLNESS.—

No está aquí? Donde ha ido?

RAGNAR.—

El señor Solness está con sus obreros.

HILDA.—

Se ha llevado la corona.

SRA. SOLNESS.—

(*Con ansiedad*). La corona? Oh! Dios mío, Dios mío!... Señor Brovik, vaya á buscarle y tráigalo... se lo ruego.

RAGNAR.—

Le diré que la señora desea hablarle?

SRA. SOLNESS.—

Si, amigo mío... Pero, no, mejor será que no le hable de mí. Dígale que aquí le aguardan y que venga enseguida.

RAGNAR.—

Está bien, señora; voy á buscarle. (*Baja la escalera del jardín*).

ESCENA VII

SRA. SOLNESS Y HILDA

SRA. SOLNESS.—

Ah! señorita Wangel, no puede V. imaginarse la pena inmensa que...

HILDA.—

Pero es que sucede aquí algo extraordinario?

SRA. SOLNESS.—

Figurese V.! Halvard se ha metido en la cabeza que ha de subir á lo alto de la nueva torre...

HILDA.—

Y cree V. que lo hará?

SRA. SOLNESS.—

No lo sé; pero Halvard es capaz de cualquier locura.

HILDA.—

Tambien V. duda de él?...

SRA. SOLNESS.—

Verdaderamente, ya no sé qué creer, después de lo que me han contado el Doctor y mi propio marido. (*El Doctor Herdal aparece en la puerta de la casa.*)

ESCENA VIII

Dichas y el DOCTOR

DOCTOR —

Viene, por fin, el señor Solness?

SRA. SOLNESS.—

Así lo espero. Le he mandado llamar.

DOCTOR.—

(*Acercándose*). Pero V. no puede permanecer aquí fuera, señora...

SRA. SOLNESS.—

No, no; quiero quedarme aquí: aguardo á mi querido Halvard.

DOCTOR.—

Pero, es que acaban de llegar algunas señoras...

SRA. SOLNESS.—

Oh! Dios mío, en estos momentos...

DOCTOR.—

Y dicen que desean asistir al espectáculo.

SRA. SOLNESS.—

Sí, sí; es fuerza que vaya á hacer los honores de la casa. Es mi deber.

HILDA.—

No podría V. escusarse?

SRA. SOLNESS.—

No, es imposible. Ellas han venido y mi deber es recibirlas... V. aguardará á mi marido.

DOCTOR —

Y le entretiene V. aquí todo el tiempo que pueda.

SRA. SOLNESS.—

Se lo ruego, señorita Wangel, entreténgale aquí... Confío en V.

HILDA.—

No sería mejor que lo hiciese V. misma?

SRA. SOLNESS.—

En efecto; este sería mi deber también; pero cuando se tienen tantas otras obligaciones que cumplir...

DOCTOR —

(*Mirando hacia el jardín*). Ahí viene.

SRA. SOLNESS.—

En el preciso momento en que debo entrar en casa...

DOCTOR —

No le diga que esté yo aquí.

HILDA.—

Oh! no... buscaré algún otro asunto de conversación.

SRA. SOLNESS.—

Y entreténgale mucho, fío en V. Nadie

mejor que V. puede hacerlo. (*La Sra. Solness y el Doctor entran en la casa; Hilda queda sola junto á la balustrada, y á poco aparece Solness subiendo la escalera del jardín.*)

ESCENA IX

HILDA Y SOLNESS

SOLNESS.—
Me han dicho que había aquí alguien que quería hablarme.

HILDA.—
Si, maestro Solness, soy yo!

SOLNESS.—
V. Hilda? Temí que serían Alina el Doctor.

HILDA —
Se espanta muy fácilmente V!

SOLNESS.—
Lo cree así?

HILDA.—
Dicen que tiene V. miedo de subir á lo alto de la torre.

SOLNESS.—
Oh! esto es otra cosa.

HILDA.—
Es verdad, entonces?

SOLNESS.—

Es verdad.

HILDA.—

Tiene V. miedo de caer, de matarse?

SOLNESS.—

No es eso.

HILDA.—

Qué es, pues, lo que teme?

SOLNESS.—

Temo la expiación, Hilda... esto temo.

HILDA.—

La expiación? (*Moviendo la cabeza*). No comprendo.

SOLNESS.—

Siéntese; he de contarle algo todavía.

HILDA.—

Pues, hágalo deprisa. (*Se sienta en un taburete cerca de la baranda, y se queda mirándole*).

SOLNESS.—

(*Echa el sombrero sobre la mesa*). Ya le he dicho que yo comencé construyendo iglesias.

HILDA.—

Sí.

SOLNESS.—

Nací en el campo, mi familia era muy religiosa, y yo creí que no podía haber

en el mundo cosa más grande y sublime que levantar templos.

HILDA.—

Sí, sí!

SOLNESS.—

Y puedo decir que con tanto celo, con tanto amor y piedad construía yo mis templos, que .. que...

HILDA —

Diga de una vez.

SOLNESS.—

Que llegué á creer que *él* debía estar satisfecho.

HILDA.—

Quien es *él*?

SOLNESS.—

Aquel á quien iban dedicados los templos, aquel en cuyo honor se levantaban.

HILDA.—

Comprendo. Pero, cómo sabe V. que *él* no estaba contento?

SOLNESS.—

(*Con ironía*). No podía creerlo, Hilda. No debía *él* estar muy contento de mí, pues desencadenaba contra mí tantas desgracias, mandándome, además, para que me sirviesen noche y día, tantos... tantos...

HILDA.—

Tantos demonios...

SOLNESS —

Eso es; de todas especies y cataduras Ah! no, comprendí perfectamente que no estaba *él* contento de mí ni de mis obras. (*Con misterio*). Y por esto hizo *él* que ardiera una noche la casa vieja.

HILDA.—

Por esto, de veras?

SOLNESS.—

No lo comprende? Con esto quiso *él* ofrecerme la ocasión de convertirme en un grande y verdadero maestro de la arquitectura, para que así le pudiese levantar templos que le hiciesen verdadero honor. Pero, eso yo no lo comprendí entonces, mis ojos no se abrieron á la luz hasta más tarde.

HILDA.—

Cuando?

SOLNESS.—

Cuando construía el campanario de la iglesia de Lissanger.

HILDA.—

Me lo figuré.

SOLNESS.—

Sí, Hilda, en aquel apartado lugar reflexioné largamente, y acabé por com-

prender el motivo de mis desgracias, y sobre todo el porqué de la muerte de mis dos hijos. Lo hizo así para... para cortar el último lazo que pudiese unirme con las cosas terrenas. Ni respetaba la felicidad de mi familia! De esta manera yo podría consagrar mi vida toda á levantar templos á *él* dedicados... Pero esto no fué!

HILDA.—

Pues, qué hizo?

SOLNESS.—

Empecé por examinarme á mí mismo, fortaleciendo mi conciencia.

HILDA.—

Y luego?

SOLNESS.—

Luego, quise sustraerme á *él* y tentar *lo imposible.*

HILDA.—

¿Lo imposible?

SOLNESS.—

Hasta entonces, nunca había podido dominar la impresión que me causaba subir á una grande altura; aquel día quise subir... y subí.

HILDA.—

(*Se levanta*). Es verdad... Subió á lo más alto.

Solness.—

Y cuando hube llegado á la cima, en el momento de colgar la corona, yo le dije: ¡Escúchame, tú, Omnipotente! De hoy en adelante, quiero ser dueño de hacer lo que quiera en mis humanos dominios, como tú lo eres en los tuyos... Mas ya no levantaré iglesias para tí, construiré tan sólo moradas para los hombres.

Hilda.—

(*Con mirada radiante de alegría*). Eso es. . He aquí el canto que yo escuché allá arriba.

Solness —

Pero, todo eso ha sido como echar agua á su molino.

Hilda.—

Qué quiere decir?

Solness.—

Construir moradas para los hombres... es cosa que no vale la pena, Hilda.

Hilda.--

Lo cree así?

Solness.—

Demasiado lo comprendo ahora. Los hombres no saben qué hacerse de las moradas suntuosas... La felicidad no está en ellas. Yo mismo no sabría qué hacer de una casa semejante. (*Sonriendo*

amargamente). Por muy lejos que mire en mi pasado, no veo nada grande. No ha salido de mis manos nada que sea verdaderamente hermoso, sublime... y sin embargo, todo lo sacrifiqué al esplendor de mis obras... todo...

HILDA.—

Y piensa no trabajar ya más?

SOLNESS.—

(*Con fuerza*). Al contrario... Quiero precisamente comenzar ahora mi grande obra. Quiero levantar un edificio que pueda encerrar la felicidad humana... dónde se encuentre la verdadera salvación.

HILDA.—

(*Mirándole fijamente*) Seguramente que piensa V. ahora en nuestro castillo...

SOLNESS.—

Ciertamente, un castillo levantado en el aire.

HILDA.—

Temo que le dará el vértigo apenas lleguemos á medio camino.

SOLNESS.—

No será, Hilda, si andamos los dos juntos, cogidos de la mano.

HILDA.—

(*Reprimiéndose*). Sólos? No podría venir alguien más?

SOLNESS —

Quién?

HILDA.—

La señorita Kaia, la del escritorio. Pobre muchacha!... No podría llevarla tambien?

SOLNESS.—

Ah! de esto ha hablado á V. Alina?

HILDA.—

Es verdad, ó no?

SOLNESS.—

(Con violencia). A eso no quiero responder... V. debe tener plena y entera confianza en mí.

HILDA.—

Durante diez años seguidos la he tenido.

SOLNESS —

Es preciso que crea todavía.

HILDA.—

Creeré, si le veo otra vez subir hasta lo más alto, sin miedo!

SOLNESS.—

Ah! Hilda .. Estas son cosas que no pueden repetirse todos los días.

HILDA.—

(*Con pasión*). Lo quiero! Lo quiero! (*Suplicante*). Una sola vez, una sola vez todavía haga V. *lo imposible!*

SOLNESS.—

(*La mira profundamente*). Sí, Hilda, lo haré... y otra vez hablaré con *él,* como aquel día.

HILDA.—

(*Exaltada*). Qué le dirá?

SOLNESS.—

Le diré: Escúchame, Señor Omnipotente! Júzgame como te plazca. Pero de hoy en adelante ya no quiero construir más que una cosa. . la más bella, la más dulce que en el mundo exista...

HILDA.—

(*Como antes*). Eso! Eso, sí!

SOLNESS.—

(*Prosiguiendo*)... juntamente con una princesa á quien... yo amo ..

HILDA.—

Sí, sí, dígaselo!

SOLNESS.—

Y le diré, además: Ahora mismo voy á tomarla entre mis brazos y á cubrirla de besos..

HILDA.—

De mil y mil besos...

SOLNESS.—

De mil y mil besos!.. Esto le diré!

HILDA.—

Y después?

SOLNESS.—

Después agitaré al aire mi sombrero... bajaré... y haré cómo he dicho.

HILDA.—

(*Extendiendo los brazos*). Ahora, sí...

Ahora le veo grande... como aquel día... cuando llegó á mí aquella música dulcísima.

Solness.—

(Mirándola con la cabeza baja). Cómo ha cambiado de ese modo, Hilda?

Hilda.—

Cómo me ha hecho V. lo que soy?

Solness.—

(Con voz firme). La princesa tendrá su castillo

Hilda.—

(Con alegría, batiendo palmas). Ah! maestro Solness... Mi castillo... nuestro espléndido castillo!

Solness.—

Con cimientos de granito. *(En la calle de la otra parte del jardín, se han reunido algunas personas, que se ven por entre los árboles. Algo lejos, hacia la casa nueva, se oye tocar una música. Entran la Sra. Solness con una piel sobre los hombros, el Doctor Herdal, llevando en una mano el chal blanco, y con ellos algunas señoras. Al mismo tiempo sube Ragnar la escalera del jardín)*.

Sra Solness —

Ya está aquí la música?

Ragnar.—

Ciertamente, señora... *(á Solness)*. El

capataz de los obreros le hace saber á V. que está dispuesto á subir...

SOLNESS.—

(*Tomando el sombrero*). Bien... voy allá.

SRA. SOLNESS.—

(*Ansiosa*). Qué te propones, Halvard?

SOLNESS.—

(*Con calma*). En tales ocasiones, he de estar entre mis obreros.

SRA. SOLNESS.—

Es verdad; pero, tú no subirás, Halvard?

SOLNESS.—

No es mi costumbre, ya sabes. (*Baja la escalera del jardín*).

SRA. SOLNESS.—

(*Acercándose á la baranda*). De todos modos, encomienda mucho al capataz que ponga gran cuidado...

DOCTOR.—

(*A la Sra. Solness*). Ya ve como yo tenía razón. Ni siquiera piensa ya en aquella gran locura.

SRA. SOLNESS.—

Ah! cómo se me ha aligerado el corazón. Dos veces he visto caer un hombre desde allá arriba... y las dos fué mortal la caída... (*se vuelve á Hilda*). Muchas gracias, señorita Wangel, pues ha sabido en-

tretenerle aquí. No creo que yo lo hubiese logrado!

DOCTOR.—

(Muy alegre). Sabe, señorita, que entiende V. mucho en eso de entretener á la gente, cuando lo quiere de veras? (*La Sra. Solness, el Doctor y los invitados se acercan á la escalera y desde allí miran hacia la casa nueva. Hilda permanece junto á la baranda, presa de viva agitación. Ragnar se acerca á ella*).

RAGNAR.—

(*Con sonrisa irónica y á media voz*). Señorita, ve V. á aquellos jóvenes, que están allá, en la calle?

HILDA —

Sí.

RAGNAR.—

Son compañeros míos, que han venido á ver al maestro...

HILDA.—

Porqué quieren verle?

RAGNAR.—

Quieren ver si es verdad que se atreve á subir hasta lo más alto de la torre de su casa, pues no quieren creerlo...

HILDA.—

Oh! imbéciles!

RAGNAR —

(*Con ironía*). Como siempre se abstuvo

sabiamente de hacerlo, quieren ver si, hoy, se atreverá á llegar hasta la cima.

HILDA.—

Pues, bien: hoy le verán. .

RAGNAR —

(*Riendo*). Dónde... dónde?...

HILDA.—

En lo más alto, dónde está plantada la bandera.

RAGNAR.—

Y subirá?... Vaya. .

HILDA.—

El lo quiere ,. y será así.

RAGNAR —

Que lo quiera él, lo creo muy bien. Pero no podrá. Le dará el vértigo antes que llegue á medio camino.

DOCTOR.—

(*Señalando*). Allá va el capataz... Miren.. Empieza ya á subir.

SRA. SOLNESS.—

Y con la gran corona en la mano... Ay de él, si no anda con precaución.

RAGNAR.—

(*Mira ansiosamente y grita*). Pero, si aquel hombre... es...

HILDA.—

(*Estallando en alegría*) Es el constructor! Es él mismo!

SRA. SOLNESS.—

(*Con gritos de horror*). Oh! Dios mío!.. Es él... Halvard! Halvard!

DOCTOR.—

Silencio, silencio todos!

SRA. SOLNESS —

(*Fuera de sí*). Quiero ir allá!..

DOCTOR.—

(*Conteniéndola*). Nadie se mueva! Nadie grite!...

HILDA.—

(*Inmóvil, va siguiendo á Solness con la mirada*). Sube, sube... siempre más arriba... siempre más arriba!...

RAGNAR.—

(*Respirando con pena*). Es necesario que descienda... No puede seguir.

HILDA.—

Sube, sube... Ya llega casi á la cima.

SRA. SOLNESS —

Oh! el ansia me mata! No puedo mirarle, no puedo!

DOCTOR.—

No mire, no!

HILDA.—

Ya está sobre la última plataforma... Oh! cuán grande le veo.

DOCTOR.—

Que nadie grite.

HILDA.—

(*Con alegría inmensa*). Finalmente... Finalmente... Ahora le veo grande y libre!

RAGNAR.—

(*Sin poder hablar*). Oh! pero, esto es...

HILDA.—

Yo siempre le he visto así... Diez años seguidos. Qué fuerte y seguro está allá arriba! Es maravilloso!... Ved: ahora pone la corona en la cima de la torre altísima...

RAGNAR.—

Imposible me parece lo que veo.

HILDA.—

Si, realmente es *lo imposible* esto que acaba de hacer... No ve á alguien á su lado?

RAGNAR.—

No, no veo á nadie.

HILDA.—

Oh! si; habla con otro...

RAGNAR.—

Se equivoca, ó...

HILDA.—

No oye V. un canto también?

RAGNAR.—

Es el viento que mueve el ramaje.

HILDA.—

Yo oigo un canto... un canto fuerte y

grande... (*Con alegría salvaje* . Vedle, vedle, saluda con el sombrero .. Saluda otra vez aun... Todo ha acabado. (*Toma de manos del Doctor el chal blanco y lo agita en el aire*). Viva el maestro Solness!

DOCTOR —

Silencio. silencio, digo; en nombre de Dios. (*Las señoras agitan todas sus pañuelos y se oyen los vivas de la gente que hay en la calle. De pronto, surge de la multitud un grito de espanto y por entre las ramas de los árboles se ve vagamente caer un cuerpo pesado*).

SRA. SOLNESS.—

(*Juntamente con las señoras que hay en la terraza*). Cae!... Cae!... Oh! Dios... (*La Sra. Solness cae desmayada en brazos de los invitados, que gritan y llaman todos á la vez. La multitud rompe la valla del jardín y penetra en él, como una avalancha*).

HILDA.—

(*Mirando siempre hacia lo alto, como petrificada*). Oh! mi maestro!... Mi maestro Solness!

RAGNAR. —

(*Trémulo y cogido á la baranda*). Debe haberse aplastado!... La caída ha sido horrorosa.

UNA SRA.—

(*Mientras se llevan á la Sra. Solness

dentro de la casa) Corra V. á buscar al médico, que se muere la señora ..

RAGNAR.—

No puedo moverme, no puedo...

UNA SRA.—

Llame V. á alguien, al menos.

RAGNAR —

(*Como hablando con la gente del jardín*). Qué se ha hecho?... Vive?...

UNA VOZ.—

(*Desde el jardín*). El constructor Solness ha muerto!

OTRA VOZ.—

La cabeza se ha hecho pedazos... Ha caído sobre un montón de piedras...

HILDA.—

(*Se vuelve á Ragnar y á media voz*). No le veo ya .. allá arriba...

RAGNAR.—

Le han faltado las fuerzas... Oh! es espantoso!

HILDA.—

Pero ha llegado hasta la cima... y he oido los cantos allá arriba, y sones de arpas... (*Agita el chal en el aire y grita con una ternura inmensa*). Oh! mi maestro!... Mi maestro Solness!

TELÓN


IMPRENTA
DOU
F. BADIA